

Reseñas de libros

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

HERÁCLITO. *Testimonianze e imitazioni*. A cura di R. MONDOLFO e J. TARÁN. Firenze, Ed. «La Nuova Italia», 1972. CXCVIII + 370 pp.

Excelente volumen es éste, el LIX, de la prestigiosa serie de textos de la «Biblioteca di Studi Superiori», donde tan importantes ediciones de filósofos presocráticos han aparecido. En este caso es novedad la separación entre los «testimonios e imitaciones» que aquí se nos ofrecen, y los «fragmentos» mismos de Heráclito, que aparecerán en próximo volumen. El presente ha sido elaborado por Rodolfo Mondolfo. J. Tarán se ha ocupado de la introducción y edición crítica de las «Cartas pseudo-heraclíteas» (pp. 270-369). La edición de los fragmentos correrá a cargo del prof. M. Marcovich, según sus propios criterios al respecto. Mondolfo nos advierte ya en el prólogo de las divergencias respecto de varios puntos entre Marcovich y él, que por razones de edad, ha preferido dejar en otras manos la edición de los fragmentos, invitando a quien le parecía el más indicado. Como indica Mondolfo, las divergencias de parecer sobre un autor tan controvertido como Heráclito podrían dar mayor interés a esta doble y diversa presentación. Ha sido elegante e inteligente su invitación.

Es muy difícil hacer la reseña de un libro de casi 600 páginas, pródigo en ideas y sugerencias críticas, y basado en una enorme bibliografía. Trataremos sólo de exponer su ordenación, y de hacer notar el mérito del infatigable profesor Mondolfo, patriarca en los estudios de filología antigua, y dedicado desde hace tanto a meditar sobre la problemática del filósofo oscuro de Efeso.

El volumen comienza con una bibliografía heraclítica bastante extensa (pp. IX-XXXIX), que llega hasta el año 1970. Es interesante y útil encontrar aquí esta larga lista de estudios, cuya lectura recuerda la agilidad interpretativa de muchos en torno al enigmático filósofo. Como una coincidencia, creo, ha aparecido al mismo tiempo que el presente volumen el librito de Roussos, *Heraklitsbibliographie*, Darmstadt, 1972, que sobre estas páginas tiene sólo la ventaja de una ordenación más cómoda para la consulta.

Viene luego la introducción. R. Mondolfo vuelve a exponer, claramente, sus ideas al respecto, manteniendo sus puntos de vista ya conocidos (la oposición de Parménides a Heráclito, a quien aludiría polémicamente en su texto, etc...). Lo hace con toda honradez, citando las opiniones contrarias (p. e. de Kirk, o Marcovich, en diversos puntos) y la bibliografía reciente. Los apartados que tratan del valor de los testimonios de Platón y Aristóteles sobre Heráclito son de una expresión sencilla e inteligente. En sus páginas se pueden aprender muchas

cosas no sólo de Heráclito (aunque en puntos concretos las tesis de Mondolfo sean muy discutibles), sino de la historia de la filosofía griega y su constitución.

Después de esas claras 150 pp. de introducción, vienen los «testimonios» (pp. 1-178) y las «imitaciones y polémicas» (pp. 1-179-278). Los textos están muy bien ordenados (en el primer tema según la pauta de: I) vida, II) obra y III) doctrina; en el segundo, por cronología de autores). Las notas críticas son de gran interés, no sólo por su agudeza de criterio, sino por los amplios conocimientos del comentador en historia del pensamiento griego.

La parte final está a cargo de L. Tarán. Las *Cartas pseudoheraclíteas* son un texto del mayor interés, por la mezcla de temas y tonos cínicos y estoicos con remembranzas heraclíteas. La introducción de L. Tarán es excelente y austera. Sus notas textuales, inteligentes y su aparato crítico muy cuidado y abundante.

Existían algunos estudios modernos sobre estas *Cartas*. (Los lectores de lengua castellana recordarán la trad. benemérita de A. J. Cappelletti, en Rosario, Argentina, 1960). Esta edición es, sin duda, la mejor; y recoge bien la problemática del texto y su posición histórica.

La presentación del volumen está muy cuidada, como es habitual en esta serie. (He descubierto sólo la errata evidente de $\mu\epsilon$ en lugar de $\mu\eta$ en la última línea de la p. 334).

En resumen, un excelente estudio del admirable maestro R. Mondolfo y una cuidadosa aportación crítica del profesor L. Tarán.

C. GARCIA GUAL.

SCARAMELLA, DORA G.—*«Las Nubes» de Aristófanes*. Estudio, versión y notas. Buenos Aires, Editorial Columba, 1972. 84 pp.

La simple ficha bibliográfica da ya una idea clara del contenido de la obra. Una breve nota inicial (p. 4) insiste en que «la solvencia de la profesora Scaramella es evidente a través de la limpieza y fluidez de su versión, precedida de un concienzudo prólogo». Tal prólogo o introducción constituye todo el «estudio» anunciado en el subtítulo. Se trata de diez páginas escolares en las que se pasa de unas mínimas referencias históricas (fecha de la representación, autor, carácter de la comedia antigua, etc.) a una clásica esquematización de la trama de la pieza (p. 6 y ss.) al hilo de los elementos formales y del carácter de los personajes indistintamente, concluyendo con una alusión a los recursos lingüístico-literarios utilizados para lograr la comicidad. Como colofón, un par de páginas de bibliografía general, en la que lo más moderno viene representado por la traducción castellana del Lesky (1968). Como quiera que lo fundamental en este libro es la versión de la pieza aristofánica, hay que apuntar en su mérito el que efectivamente está hecha directamente del griego y siguiendo la excelente edición de V. Coulon; que es bastante más literal que la clásica de D. Federico Baráibar y Zumárraga; y que faltan en ella por completo los americanismos de todo tipo tan frecuentes en muchas de las traducciones que tienen su misma procedencia geográfica. Es útil la numeración de los versos y el claro, aunque incompleto, enunciado de elementos tales como prólogo, párodo, parábasis, epirremas, etc. Las notas marcan sin duda el nivel pretendido por la autora, una versión fiel pero dirigida al gran público; están constituidas fundamentalmente por aclaraciones elementales de nombres geográficos, históricos y mitológicos, menudeando también las alusiones

a los juegos de palabras vertidos y a las *realia*. Nos agradecería no leer transcripciones como la encontrada en la nota 12 (p. 22): *Leógoras* es «el padre del orador *Andócida*» (sic). En suma, nos hallamos ante una traducción generalmente correcta y ante un estudio y unas notas no muy cuidadosos.

A. MARTÍNEZ DÍEZ.

CARLINI, ANTONIO.—*Studi sulla tradizione antica e medievale del Fedone*. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1972. XVI + 220 pp.

El autor de este libro, que acaban de sacar de molde las beneméritas Ediciones del Ateneo, tiene pensamiento de hacer una edición del *Fedón*, según declara en su autocrítica; pero antes que venga a esto, que es ofrecérmola, reflexivo el Sr. Carlini de los problemas críticos de su edición, ha tenido que planteárselos en el marco general de la transmisión del *Corpus* platónico, pues cuenta que en una correcta inteligencia de los problemas que esta última plantea está comprometido el buen suceso de su edición, porque aquello es lo primero que pide una edición o, por mejor decir, no es ella otra cosa sino el resultado y fruto concreto de un adecuado entendimiento de tales problemas. Sus materiales han ido, sin duda, cobrando crecimiento y expansión, engrosando día por día y página por página, y se comprende que no se haya resignado a ofrecérmola en los prolegómenos al uso, que hacen mesura y antesala a una edición crítica y que ha sido de siempre una cierta ceremonia resumirlos en concisas pinceladas, en presentación sobria y franciscana. Así se ha determinado el autor a desglosarlos y enajenarlos de la edición y dárnoslos en este libro, algunas de cuyas partes se nos habían ofrecido, por entregas, previamente en varios periódicos filológicos italianos.

Si, hacia los términos del libro, las cuestiones se centran más específicamente en los problemas textuales del *Fedón*, en la primera y más extensa parte de la obra se nos ofrece, en realidad, la película de largo metraje que es la historia del texto platónico, poniendo delante los ojos, por la menuda, los pasos que anduvo el texto antes de asumir la forma conservada en los manuscritos medievales y, asimismo, las peripecias y acasos de la transmisión indirecta. Prenda es ésta de que el autor ocupado en estudiar, analítica e insularmente, los problemas críticos de su edición, ha procurado que los árboles le dejen ver el bosque y, aparte del restante trabajo crítico y de hacer colaciones propias con las naturales consecuencias estemáticas, ha tenido presente que, solamente disciplinado y entrenado en ideas claras sobre la historia del texto, puede el editor seleccionar las lecciones, y no a ojo de buen cubero, como se ve todos los días que lo hacen algunos editores. Ello es garantía de seriedad en la futura edición que se nos promete, esto es decir, que no nos las habremos con una de esas ediciones que, contra los designios de Dios y de la naturaleza, editan cada año aficionados que carecen de todo, menos de valentía; que sobre los problemas de la historia del texto que editan, escriben por referencias de referencias; y que toman y tienen esas cuestiones por añadidura del peso de la edición, cuando son la carga principal de ella. No digo yo que los autores de esas ediciones no satisfacen señaladísimas y respetabilísimas necesidades (más propias que ajenas, pues no tanto son especulativos cuanto especuladores); pero digo que no hacen adelantar un mal paso nuestro conocimiento del texto que editan. No así el Sr. Carlini.

Siete puntos examina sucesivamente la primera parte de la obra que avista la historia del texto platónico hasta la época de Pocio: 1) los testimonios papiáceos más antiguos (para el *Fedón*, sobre todo, los restos de un comentario filosófico en un papiro del s. III a. C. y el papiro arsinoítico, tan traído y llevado, posterior sólo en un siglo a la muerte de Platón), destacando que presentan mayor número de variantes, relativamente a los manuscritos medievales, que los papiros de la Edad Imperial, de donde se postula, previa a estos últimos, la existencia de una edición científica, o de más de una; 2) la transmisión del texto desde la edición alejandrina hasta la edición de Tito Pomponio Atico (Ἀττικισμός); 3) la aportación, para la historia del texto platónico, de los testimonios que se escalonan desde Cicerón al siglo III d. C., o sea, las traducciones, especialmente las de Cicerón *non ut interpres, sed ut orator*, y las citas de Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Luciano, Galeno, Alencio, y, al propio tiempo, las aportaciones de interés de los papiros de los siglos II y III, que son la mayoría; 4) la tradición patristica; 5) la tradición neoplatónica (Proclo, Porfirio, Jámblico, Olimpiodoro); 6) la transmisión en Estobeo (y otros contemporáneos); y 7) la tradición constantinopolitana, origen de las tres ramas de la «familiae primae» (manuscritos BTW y sus descendientes, con un abundante elenco de errores comunes, inventariado ya por Schaefer) en que se escinde la tradición de las seis primeras tetralogías (como es sabido, el manuscrito vindobonense F, representante «alterius familiae», no transmite el texto de *Fedón*).

En esta primera parte de su obra ha aprovechado el Sr. Carlini todas las aportaciones del saber moderno sobre la historia del texto de Platón. No es la suya una investigación de primera mano; de que no se ha de colegir, claro que no, que no ha sido tiempo muy bien gastado el empleado en recoger, de un modo circunstanciado y escrupuloso, y sucintar los resultados de una amplia bibliografía atingente a estos temas. Término obligado de comparación es la *Historie du texte de Platon* de Henri Alline, libro sacado a luz hace 58 años y luminoso todavía; pero, como digo, esa obra data de nuestro principio de siglo y, hoy en día, hay muchos puntos en la misma que no son de recibo, hay que acervar un largo censo de los errores que aminoran o disminuyen su valor de conjunto y hay que repararla de los muchos cargos que una crítica seria y reflexiva le ha venido haciendo. Los fundamentales estudios de Schanz, Usener e Immisch son anteriores a la obra de Alline; pero, en los años transcurridos desde la publicación de ésta en 1915, han aparecido no muchos, pero sí importantes trabajos sobre la materia. Aquel estudio de Jaclmann (1941) sobre el texto platónico, aun para los que no están de acuerdo con su manera de pensar, es, tanto por sus razones, como por su independencia expositiva, un modelo. Su crítica por Bickel (1943) contiene muy atinadas razones, y lo mismo digo de otra serie de estudios sobre puntos particulares, a cargo de otras notabilidades, que han roturado el camino y allanado la tarea del autor del libro de conjunto que suceda al de Alline (que, a la altura de nuestro tiempo, hay reboso de razón para la queja de que todavía no haya aparecido). Se han publicado algunas ediciones, como las de *Gorgias*, *Menón* y *Parménides-Fedro*, por diligencia de Dodds, Bluck y Moreschini, respectivamente, que las han ilustrado con importante labor crítica y en las cuales hay muy buenas doctrinas y puntos de vista notables sobre la historia del texto. Algunos problemas de su transmisión indirecta nos son hoy mejor conocidos, gracias a los trabajos de Canivet, Des Places, Solano y otros eruditos. Contamos con varias excelentes monografías sobre manuscritos platónicos concretos (Post,

Deneke) y sobre papiros de algunos diálogos (Vinzent, Den Hoog). Completan hoy la lista de manuscritos platónicos elaborada por Post, en 1934, nuevos catálogos de Wilson (1962) y Brumbaugh-Wells (1968); y, naturalmente, también las obras generales y las monografías sobre la historia de la transmisión del texto de otros autores aportan puntos de vista de aplicación inexcusable en el caso de Platón. No todo esto, esta revisión de conjunto, que sería demasíada tarea, pero sí algo de esto, un comienzo de esto se ha propuesto el Sr. Carlini en esta parte de su obra, pues, aunque su investigación propia se limita al texto de un solo diálogo, su labor de balance e inventario rinde un servicio más general. Cuando bien no hubiera hecho el Sr. Carlini otra cosa sino poner cómodamente a nuestro alcance todas esas contribuciones sabias derramadas en libros y estudios, no siempre de acceso fácil, habría hecho harto al acoger las novedades, operando el encaje de lo nuevo en lo tradicionalmente reconocido, licenciando opiniones venidas muy a menos o liquidadas radicalmente y adoperando otras más idóneas, relacionando puntualmente las opiniones reinantes o las disociaciones de opinión, rectificando errores invalidados, pero que se mantienen en la bibliografía no especializada según antiguas y tenaces concepciones, caminando siempre con cabal conocimiento de la literatura erudita obrada por filólogos todos de buena compañía. Pero es que, además, en el autor de este libro nos es dable advertir que, cuando conviene, sabe apartarse de la cañada convenida y dar su propio parecer, trayendo a cuenta aplomadas razones y aprontando propugnaciones e impugnaciones sobre todo, pero no exclusivamente, cuando se tocan cuestiones que afectan concretamente al texto del diálogo cuya edición prepara, que esto va de suyo; pero sin olvidar el otro mérito que hay que enumerar al activo de su obra, un cómodo balance del estado actual de casi todos los temas que afectan a la historia del texto platónico en general.

El tema es vasto, enmudejado, se involucran en él cuestiones muy altercadas y porfiadas y no me ocurre negar que, en algunos puntos, no soy del mismo parecer del Sr. Carlini. Cuestión tan fundamental como la de la existencia de una edición, en época alejandrina, oriunda de la Academia (y el problema de su responsable ¿Arcesilao?) o de la filología alejandrina, no queda suficientemente elucidada, a lo que me parece, con la simple aceptación de la hipótesis de una doble edición, planteada por Bickel y variamente renovada luego. La indicada relación entre una presunta tradición pergamena y las variantes de papiros antiguos, como el papiro Petrie (publicado por Mahaffy en 1891), sugerida es cierto con toda cautela, no me parece una hipótesis plausible, suficiente ni necesaria. Que las citas platónicas de Galeno presupongan la edición «aticiana» del texto platónico es opinión, a mi parecer, razonable y aún aparente: para negarla deberían hacerse sobre la misma algunas más consideraciones de las que aquí se hacen. En otros casos, el autor desflora más que agota asuntos dignos de mayor atención: que, por ejemplo, Bickel haya probado que los *excerpta* platónicos de Estobeo tienen pluralidad de fuentes (uno o varios textos de Platón y antologías) en el caso de *Fedón*, no autoriza sin más a extender la presunción a otros diálogos, sin hacer las debidas comprobaciones. En fin, en otros casos queda, naturalmente, un punto de duda: tal en lo referente a la admisión, como origen de la tradición medieval, de un arquetipo con variantes o (al modo preconizado, para Eurípides, por Di Benedetto) un texto «oficial» en los cursos de la Universidad de Bizancio, contaminado con otros textos transliterados independientemente. Todos estos y otros puntos de divergencia, en obra de asunto tan vasto, son

perfectamente naturales y no hay para qué hacerlos aquí expresos circunstancialmente.

Todo el resto de la obra, que es la cuarta parte de su volumen íntegro, dedica el autor a la tradición medieval del texto, ateniéndose al caso concreto del diálogo que estudia y descendiendo en pormenor a lo particular de su texto en cada una de las tres ramas, cuyos códices cabezas de serie ha revisado personalmente, aparte de colacionar los manuscritos C, D, P, S y V y la versión latina de Henricus Aristippus, hoy tan accesible en la edición de Minio-Paluello (1950) y realizada sobre un modelo estrechamente relacionado con el manuscrito W, cuya posición en el «stemma» matiza el autor convincentemente. Es de señalar la aportación de material no recogido en los aparatos críticos de las ediciones *ad usum* (Burnet y Robin), por ejemplo, las variantes, en la rama de B, de los manuscritos C (Tubingensis Crusianus Mb. 14) y D (Venetus Marcianus gr. 185, coll. 576). De destacar es también, entre otros puntos discutidos con copia de razones, que nuestro autor, después de examinar los comprobantes disponibles, llega, para el texto de este diálogo, a la misma conclusión que Dodds había llegado para el texto del *Gorgias*: que la recensión Y no debe estimarse (contra el parecer de Jordan, Immisch, Theiler y los editores del Platón de la Colección Budé) como testigo independiente, pues lo bueno que presenta, huele, sin lugar a dudas, a conjetura bizantina *ope ingenii*.

Resumiendo. Este libro no es más que un introito y preparación de una futura edición de *Fedón*, con texto crítico y comentario filológico dispuesto por el autor (quien editó ya en 1964 un tomo con cuatro diálogos, uno de genuinidad dudosa y tres, espúreos): el trabajo de preparación, que hoy comentamos, permite augurar que nos las habremos, en su día, con una buena edición del diálogo. Además, a falta de la obra (de por nosotros largos tiempos descada) que sustituya al libro de Aline, obra que no estaba en la mira del Sr. Carlini escribir, el libro debe figurar con favorable censura por el servicio cierto que, al haber su autor sustanciado con erudición y discretamente las líneas maestras de la historia del texto platónico, prestará al lector interesado en este tema.

J. S. LASSO DE LA VEGA.

PLATO'S *Philebus*.—Translated with an introduction and commentary by R. HACKFORTH. Cambridge University Press, 1972. VI + 144 pp.

El presente libro no es más que una reimpresión del trabajo publicado por Hackforth en 1945 también en Cambridge, bajo el título de *Plato's Examination of Pleasure. A Translation of the Philebus, with Introduction and Commentary*, (Cf. las interesantes reseñas de J. Tate, *CR* 1946, pp. 29-30 y de L. A. Post en *AJPh* 1946, pp. 378-380). Este trabajo se reimprimió en 1958. Las dos últimas reimpresiones nada nuevo añaden o enmiendan respecto a la primera edición, únicamente la readaptación del título. El comentario se distribuye entre la traducción, que ha segmentado el texto en pequeños pasajes, para captar mejor la fuerza y debilidad de la argumentación platónica en relación con otros diálogos. El texto seguido es el de Burnet, salvo pequeñas excepciones, que se indican convenientemente en notas. No intenta Hackforth un comentario al estilo tra-

dicional por su poca inclinación a la labor puramente filológica que precisa y, en parte, por la existencia del libro de R. G. Bury (1897) donde esta labor se realiza ya de manera exhaustiva y fructífera. Conviene hacer notar que el trabajo de Bury es la principal fuente, en lo que a traducción se refiere, para la labor traductora de Hackforth. El esfuerzo del autor, según él mismo admite en su prefacio, va dirigido fundamentalmente a los estudiantes que hoy prefieren una interpretación de la filosofía antigua de forma más o menos continua en lugar de unas notas complejas a pie de página. Este propósito se consigue en gran parte, pues el comentario es claro, detallado y objetivo, más expositivo que valorativo, mientras que las notas se limitan a justificar la traducción de determinados pasajes y a aspectos puramente filológicos.

El *Filebo* es una obra difícil y quizá de las menos provechosas de Platón. La crítica de la percepción sensible es deficiente y llena de conceptos difícilmente defendibles. Es más, el enjuiciamiento ético del placer que realiza Platón es en muchas ocasiones arbitrario, pues depende de una doctrina sobre la felicidad y la virtud que no está claramente establecida. Hackforth sale bastante airoso en su intento de resolver algunos de los galimatías de este diálogo, sacando a relucir las ambigüedades del lenguaje del *Filebo*. A este respecto las aclaraciones en notas del valor de los términos empleados por Platón, son continuas. En algún punto (cf. p. 90) se innova totalmente respecto al texto de Burnet, así en 46a 13 el 'mal compuesto', συμμεικτον κακόν se sustituye por πάθον, ya que, según el traductor no hay razón para que aquí Protarco considere el factor placentero como un mal. La traducción es correcta, bastante fiel al texto, pero, en ocasiones, algo libre. Se echa de menos en el comentario una visión de conjunto sobre la composición del diálogo, limitándose exclusivamente a la marcha y desarrollo de las ideas de Platón. En cuanto al aspecto formal, únicamente se alude al valor funcional de la figura de Protarco, personaje que se considera puramente imaginario, quedando convertido en un oyente más de Sócrates, en un interlocutor cómodo que se adapta sin problemas a la dialéctica del maestro. Es esto un elemento imprescindible para aparentar una discusión. Con este recurso el interlocutor pasa a ser más un colaborador que un verdadero oponente de Sócrates. Hackforth concluye que el *Filebo* carece de la organización magistral de obras como *Fedón* o *República*, aunque no admite las exageradas críticas que a veces se han hecho sobre la pobreza formal del *Filebo*.

Digamos, por último, algo sobre la situación del *Filebo* dentro de la producción de Platón. En la breve introducción inicial, Hackforth se inclina a considerar que el *Filebo* debe situarse después del *Político* y antes del *Timeo*, es decir entre el 360 y 354, al igual que hacen Taylor y Bury. La proximidad entre *Filebo* y *Timeo* reposa en tres puntos, 1) la Razón Cósmica (νοῦς = τὸ δημιουργοῦν) en *Filebo* y el *Demiurgo* del *Timeo*, 2) la oposición limitado/ilimitado en *Filebo* y el caso precósmico ordenado por los εἶδη καὶ ἀριθμοί en el *Timeo* y 3) el tratamiento similar en ambos diálogos entre placer/dolor.

P. BÁDENAS DE LA PEÑA.

ARISTOTE.—*Rhétorique. Livre III, T. III. Texte établi et traduit par MÉDÉRIC DUFOUR (†) et ANDRÉ WARTELLE; annoté par A. Wartelle. Paris, «Les Belles Lettres», 1973. 176 pp.*

A los cuarenta años de iniciada la publicación de la *Retórica* en la prestigiosa colección francesa ve la luz este tomo en el que Wartelle, sobre las notas de Dufour, se ha esforzado por concluir, desde los mismos principios de edición que su predecesor, esta publicación largos años esperada. Las primeras páginas de la introducción, escritas por Dufour en 1932, sostienen la autenticidad del libro tercero, estudiando los indicios que suministran tanto la crítica externa como la interna, Wartelle se muestra también partidario de la autenticidad, añadiendo precisiones importantes (cf. p. 21 sobre un significativo accidente en la tradición manuscrita). En las pp. 23-26 se da una sucinta bibliografía comentada que complementa la de Dufour (t. I pp. 23-25). La participación de cada autor, tanto en la traducción como en la constitución del texto, se explica en la p. 27.

Wartelle, dado el carácter negativo del aparato crítico confeccionado por Dufour, se ha visto obligado a colacionar nuevamente A y B, y a efectuar amplias calas en C y D. Para la familia Θ sigue las colaciones de Dufour. Este rigor analítico le ha permitido corregir pequeños errores de lectura de sus predecesores, sin que el texto haya recibido modificaciones sustanciales. En la constitución crítica del texto se adopta una actitud muy conservadora, renunciando a numerosas conjeturas aceptadas por otros editores. Es digno de elogio este esfuerzo por concluir una obra iniciada hace cuarenta años, trabajo en el que Wartelle ha puesto una diligencia desusada, pero ofrecernos esta edición desde los fundamentos críticos postulados por Dufour resulta hoy, tras la aparición de los importantes trabajos de R. Kassel sobre el texto de la *Retórica*, un tanto desfasado. En este caso la necesidad editorial no ha corrido pareja con las esperanzas científicas. El resultado es un libro útil, con una traducción ajustada de los términos técnicos (reunidos al final en un buen índice, pp. 143-173), con numerosas notas explicativas (en las que, por lo demás, se echa en falta un mayor uso de la bibliografía reciente) y abundantes índices. Pero como edición, los autores no se han planteado realmente toda la problemática estemática del texto, no han redactado un aparato de testimonios y *loci similes* —tan posible y necesario en este caso— en el que habría que consignar (y no en pie de igualdad con los códices) las lecturas de la *Vetusta Translatio* (Γ), y utilizan siglas (por ej., Ω que representa «accord des manuscrits autres que A») cuya economía gráfica suscita desconfianza en el lector y supone un retroceso hacia los aparatos negativos. Se trata, pues, de un libro informado y útil para leer este interesante escrito, aunque como edición no pasa de ser una más.

F. PIÑERO.

CICERÓN.—*Aratea. Fragments poétiques. Texte établi et traduit par JEAN SOUBIRAN. Paris «Les Belles Lettres», 1972, 317 pp., en parte dobles.*

Con esta edición de los fragmentos completos de la obra poética de Cicerón debida al Prof. Soubiran, la tan meritoria «Collection des Universités de France» da un paso más para ofrecer una edición de todo el enorme *corpus* de los escritos ciceronianos, muy útil por sus interesantes introducciones y su traducción fran-

cesa. Para el cumplimiento de tan encomiable programa falta ya poco más que completar la edición cronológica de las epístolas de Cicerón, y algún tratado filosófico: esperemos que pronto se vea coronado con éxito.

El volumen que se nos ofrece ahora presenta algunas características muy dignas de destacar. Se publica en un momento en que la obra poética de Cicerón parece haber vuelto a acaparar el interés de los filólogos: muy reciente está todavía la edición realizada por A. Traglia para la publicación de los escritos completos del Arpinate que lleva a cabo el «Centro di Studi Ciceroniani», aparecida bajo dos formas: edición crítica clásica (*M. Tulli Ciceronis Poetica fragmenta*, Milán, 1963), y edición sin aparato crítico, con texto idéntico a la anterior y traducción italiana con notas explicativas (*Marco Tullio Cicerone, I frammenti poetici*, Milán, 1962). A ellas hay que añadir interesantes trabajos sobre este aspecto de la producción literaria de nuestro autor, entre ellos la obra de E. Malcovati, *Cicerone e la poesia* (Pavía, 1943) y la del propio A. Traglia, *La lingua di Cicerone poeta* (Bari, 1950), así como algunas de las ponencias recogidas en los dos volúmenes de «Atti del I Congresso Internazionale di Studi Ciceroniani» (Roma, 1961), etc.

El presente libro recoge el fruto de estos y otros muchos trabajos anteriores, así como el de un profundo estudio del editor, caracterizado por un notable buen criterio. Prueba de ello son las 155 páginas de la *Introducción*, con una puesta al día de toda la problemática relacionada con la poesía de Cicerón (autenticidad, datación, valor estético, influencias recibidas y ejercidas, transmisión textual, etcétera), que ofrece al lector una síntesis magistral de las diversas teorías sobre el tema. Características destacables de este estudio preliminar son la extensa documentación de Soubiran (sirvan de ejemplo las pp. 8-16, referentes a los *Aratea*), claridad de raciocinio, renuncia constante a tesis con poco fundamento (cf. p. 8: «aussi nous résignerons-nous, sur cet *Vxorius*, à un aveu d'ignorance complète»; p. 15: «tout cela est séduisant, mais assez subjectif et peu sûr»; p. 22: «il faut ici encore se résigner à une relative incertitude»; etc.), y en especial una encomiable «decencia científica», de la que son testigo, por ejemplo, las notas 2, p. 27 y 2, p. 55... Si ya de por sí todo trabajo de síntesis, inteligentemente realizado, tiene un valor indiscutible en un campo de estudios como el de la Filología Clásica, agobiado por las interminables listas bibliográficas, la *Introducción* de que estamos hablando presenta además aportaciones nuevas, como la parte dedicada a la influencia de la obra de Cicerón sobre la poesía posterior (pp. 72-85), tratada con inteligencia, pese al crecido número de problemas que plantea este tema.

En cuanto al texto, va acompañado de un abundante aparato crítico, ineludible por deberse la mayoría de los fragmentos a la tradición indirecta; a este propósito, el autor hace una advertencia sobre el criterio seguido en pp. 147-148, que prueba una vez más su buen sentido. En general se muestra J. Soubiran muy respetuoso con la tradición manuscrita, y reacio a todo tipo de conjetura. En este aspecto, puede ser útil una comparación de su edición con la de A. Traglia: los textos ofrecidos por ambos editores son casi siempre idénticos, exceptuando apenas ciertas diferencias de puntuación perfectamente explicables; no obstante, el profesor italiano se presta un poco más a cubrir pequeñas lagunas con alguna conjetura, casi siempre no demasiado arriesgada por otra parte. La convivencia entre el texto de ambas ediciones nos mueve a pensar que disponemos ya de un texto bastante seguro, por no decir casi definitivo, tanto en una como en la otra. Por último, parece innecesario recordar el servicio que puede prestar la versión

francesa, así como la abundancia de notas explicativas al pie de la página de traducción.

En suma, he aquí una edición a nuestro parecer muy documentada y bien preparada, brillante y utilísima, de una parte de la obra ciceroniana especialmente sujeta a controversias múltiples, y sobre la que se suelen oír con frecuencia opiniones un tanto ligeras, no fundamentadas en un conocimiento directo de la misma.

A. POCIÑA PÉREZ.

ZUCCARELLI, U.—*Reposiano, Concubitus Martis et Veneris*. Introduzione, testo, commento e traduzione a cura di—. Napoli, Libreria Scientifica Editrice, 1972. 144 pp.

La *collana* en que se publica esta edición de Reposiano se inició, dirigida por F. Cuppaiuolo, en 1967, y en tan breve espacio de tiempo ha visto aparecer doce títulos, lo que es una buena muestra de su ritmo y de sus bríos. Uno de los fines que persigue es «commentare e spiegare testi antichi che sinora non hanno avuto la fortuna di una edizione recente e dignitosa». Y en esta ocasión, hay que decirlo, el objetivo se ha cumplido satisfactoriamente.

U. Zuccarelli nos ofrece una pulcra edición de un autor del que se sabe que tuvo el nombre de Reposianus, que nació acaso en Africa y vivió en época discutida por los eruditos. Compuso un lindo y gracioso poema *de concubitu Martis et Veneris*, de 182 hexámetros. Si se tiene en cuenta que el texto y el aparato crítico ocupan, en este libro, siete páginas y que el resto va casi enteramente dedicado al comentario, nos podemos formar una idea cabal del valor del estudio de Zuccarelli y del cuidado que ha puesto en él.

Reposiano describe, con mimo y entusiasmo, la coyunda amorosa de Marte y Venus. El tema no es nuevo, ya que lo trataron, entre otros, Homero y Ovidio, pero sí lo es el enfoque: los protagonistas son la pareja de amantes y el mismo *concubitus*, no Hefesto. El autor, alineándose en una concepción de Venus visible ya desde la época de Adriano, humaniza el mito: éste no constituye el centro de la narración, sino el comienzo y el final. En el medio, los enamorados son, ni más ni menos, individuos, como en la novela, y plenamente humanos. La diosa es coqueta y femenina, con detalles encantadores y delicados. Y el mito es un episodio, ahora, vivo y vital.

Fue Reposiano un «poeta di scuola», y de ella recibe el espíritu de imitación, que converge en Virgilio y Ovidio. No utiliza muchos términos, e insiste en unos determinados, que subrayan el carácter del poema, como *blandus* y *tener*; *decel* y derivados nos hacen pensar que el adulterio es lícito, y *misceo* y similares acentúan la idea de «unión». Y el verso, que respeta las normas clásicas, se amolda bien a las intenciones del vate.

Tras el análisis del espíritu de la época, de las relaciones con la novela y del paralelismo con el *Peruig. Ven.* y, sobre todo, Draconcio, Zuccarelli llega a la conclusión de que el *Concubitus* fue compuesto posiblemente a mediados del siglo II d. J. C., fecha que parece convincente.

Tal es, en dos frases, el contenido de este magnífico y minucioso estudio, que tiene, entre otros muchos, el mérito de plantear la cuestión con nuevos puntos de vista. La traducción, acertada, y el extenso comentario (pp. 103-137) coronan

brillantemente el libro. Añádase a ello el apretado resumen bibliográfico, notable guía para el estudio de Reposiano.

Zucarelli es prudente en el aparato crítico. Si no me equivoco, sólo hay una corrección suya: *florem* en lugar de *flores*, v. 57. Como mera sugerencia, me atrevo a insinuar la posibilidad de leer *gerens* en v. 127, dada la frecuencia de términos que indican 'llevar' (*ducere, ferre, trahere...*) y la inexistencia de *regere* en el resto del poema (*gerere* se halla en v. 25, 165, y *gestare* en 11, 78).

Apenas hay erratas, lo que contribuye a hacer más agradable la lectura de la obra. Voy a señalar sólo las que he observado en el texto latino. En p. 16 n. 49 parece que falta *puer*; p. 105 lín. 38 debe ser *regens*; p. 109 lín. 12 debe ser *de*; p. 112 lín. 37 debe ser *desint*. No deben ir en cursiva, en el aparato crítico, *gerit* (v. 127) ni *—tis diuumue* (v. 149).

Algunas precisiones cabe hacer al comentario. Así, en el v. 14 creo posible una hendíadis; v. 22: *bracchia liuida*, más que «di sapore virgiliano», es de Horacio, *Carm.* I 8, 10 s.; v. 29: no se señala que los adjetivos, en Virgilio, están en el quinto pie; v. 40; podría añadirse Tibulo I 1, 20; v. 83: mejor que el ejemplo de Ovidio, que va con *amore*, es Propertio I 2, 15; v. 111: recuérdese Propertio II 3, 9-12; v. 113: más cercano, aun con diferente adjetivo, es Virgilio, *Aen.* V 836; v. 121: cf. Virgilio, *Aen.* VIII 387; v. 122: quizá estuviera presente Propertio II 3, 14; v. 161: la expresión se encuentra en Virgilio, *Aen.* IX 341. XI 132. Pero no se piense que el libro sufre menoscabo: es, ya lo hemos dicho, un enjundioso estudio.

P. PIERNAVIEJA.

VIVES, JOSÉ.—*Inscripciones latinas de la España Romana, Antología de 6.800 textos*. Publicaciones de los Departamentos de Filología Latina de la Universidad de Barcelona y C. S. I. C. Primera parte, textos, Barcelona 1971, 631 p.; segunda parte, índices, ilustraciones y apéndice, 257 pp. (con paginación seguida de los dos volúmenes, 888 pp.). Barcelona, 1972.

El trabajo que vamos a comentar tiene a primera vista la ventaja de su tamaño y precio, asequibles a quien se interese por la epigrafía, pero desgraciadamente, en lugar de resolver el confuso panorama de la epigrafía peninsular, ha venido a complicarlo más. Antes de la aparición de este libro, la epigrafía hispanorromana se podía estudiar: a) en los dos volúmenes del *CIL* II de 1869 y 1892; en los artículos de la *Ephemeris Epigraphica* VIII y IX, el último de cuyos volúmenes es la obra póstuma de Hübnér. Todos ellos son la obra del sabio alemán y en general adolecen de que Hübnér no vio la mayoría de las inscripciones que publica, ni dispuso de buenos calcos o fotografías, que entonces eran todavía deficientes. Pero cada una de estas obras supone un avance respecto a la anterior en exactitud, dentro de lo que en sus tiempos y medios le era posible. Desde entonces no se ha vuelto a realizar una obra de conjunto, es decir en 80 años, si contamos desde el suplemento de 1892 al *CIL* II, ya que la *EE* era parcial. b) Para las lápidas aparecidas o republicadas con correcciones durante todo ese largo período de tiempo, hay que recurrir a infinidad de revistas y publicaciones, muchas veces locales o a lo sumo regionales. Las revistas más importantes en España han sido el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, sobre todo en vida del P. Bita, hasta 1918, y luego el *Archivo Español de Arqueología*; podríamos

citar otras muchas de todos los tipos, e incluso hay autores, que publican sus trabajos epigráficos en la prensa local. P. ej. en estos últimos tiempos en *El Correo de Zamora* y sobre todo en *Extremadura*, de Cáceres, se han publicado muchas lápidas. ¿Pero quién puede conocer esos trabajos fuera de la provincia de referencia si no es por pura casualidad?

Otro tanto ocurre en Portugal. Las revistas que más han contribuido y siguen contribuyendo a difundir la epigrafía son *O Archeologo Português*, obra de Leite de Vasconcelos, y la *Revista de Guimarães*, de Martins Sarmiento. Ambos han tenido insignes colaboradores y continuadores, pero también hay que recurrir a revistas diversas, diarios, monografías, catálogos de museos, etc., si se quiere conocer la epigrafía romana de Portugal.

Por todo ello, y por la desigual calidad de muchas publicaciones, ya que muchos autores publican lo que no han visto ni comprobado por medio alguno, es por lo que es absolutamente necesaria en nuestra Península una obra de conjunto que recoja todo lo ya publicado en obras y artículos anteriores, pero después de haber hecho todas las comprobaciones posibles para fijar el texto de cada epígrafe, datos de su hallazgo, situación material, medidas, decoración —elemento éste de gran importancia despreciado por muchos epigrafistas sobre todo antiguos, y puesto de relieve por Gómez Moreno—, bibliografía sobre cada lápida, y como lo mejor, además del texto y la interpretación, ofrecer una foto o dibujo —o ambas cosas—, de cada una. Así se remediaría el mal que padecemos. Acaso si la epigrafía fuera en algún momento el objeto preferente de un *Congreso Nacional* o mejor *Peninsular de Arqueología*, se pudiera llegar a resolver el problema.

En tales circunstancias ha aparecido el libro de Vives. Creo que fue saludado con alborozo por los estudiosos de la epigrafía y por los que la utilizan como fuente para otros trabajos. Pero en cuanto se empieza a utilizar, su estructura anárquica, sus infinitas erratas, sus múltiples repeticiones, etc. etc., hacen que rara vez sirva para algo verdaderamente bueno, ya que cuanto más se le maneja menos se fía uno del libro.

Detallemos un poco: 1.º De las 6857 inscripciones que tiene (en realidad menos a causa de las repeticiones), por lo menos dos terceras partes están tomadas literalmente del *CIL* II (no parece haber visto la *EE*), pero casi siempre sin corregir sus lecturas, a veces incluso con los errores que tenía en la primera parte y que Hübner corrigió en el Suplemento de 1892 o en *EE*, y sin dar en ningún caso los detalles descriptivos que aunque brevemente Hübner ofrece de cada lápida. Si quiere uno saber algo más de ella, ha de acudir luego al *CIL* o a otras fuentes y a veces se encuentra con la sorpresa de que el original se parece poco a la inscripción que aparece en este libro.

2.º Por esta falta de detalles descriptivos, por la sumarisima bibliografía que da de cada una, por la escasa o nula información que recoge de las revistas o publicaciones que cita, el conjunto resulta sumamente incompleto. Por ello además y porque no se fijan que unas obras repiten a otras, con correcciones o sin ellas, muchas inscripciones aparecen incluidas dos o más veces, incluso cuando han sido tomadas de la misma fuente las dos veces, incluso cuando se da el texto idéntico, sin la menor diferencia de lectura que pudiese justificar la repetición. En una ojeada rápida al libro he recogido 50 inscripciones repetidas, que me eran fácilmente reconocibles por haberlas manejado en mis trabajos, algunas de ellas hasta tres veces (227 = 661 = 5992; 594 = 5791 = 6009; 982 = 6466 = 6782).

3.º Cuando la lápida en la publicación-fuente ha sido dada con fotografía,

rara vez se ha confrontado con esta su lectura, lo que hubiera evitado muchísimos errores. Además se han tomado como fuente algunas obras que no se caracterizan por la fidelidad de sus lecturas. P. ej. se dan como seguras las lecturas de la obra de Blázquez, *Religiones Primitivas de Hispania*, libro que desgraciadamente tiene muchas erratas y errores en los textos epigráficos que utiliza, si bien con su extenso documento fotográfico se pueden subsanar algunos de sus fallos, pero estas fotos no parecen haber sido tenidas en cuenta en la obra que comentamos. Lo mismo puede decirse cuando toma como fuente a la nada fiable *Hispania Antiqua Epigraphica*, que también está llena de erratas y repeticiones. Lo verdaderamente bueno de *HAE* (y en esto está su utilidad) es que indica claramente la fuente de donde está tomada la inscripción, y puede buscarse ésta si se quiere hacer un trabajo serio. Pero Vives ha tomado muchos textos de *HAE* sin confrontarlos con la obra original, sin hacer la menor crítica de ellos.

4.º A veces confunde las provincias, o no se da cuenta de que unos autores dan como referencia el municipio o el pueblo grande cercano al lugar de hallazgo de una piedra, y otros la parroquia, la dehesa o cortijo, etc., y así aparecen inscripciones repetidas, a veces incluso seguidas. P. ej. En *CIL* II se dan como de Aguilar de Campoo las inscripciones que en realidad proceden de Monte Cildá, Olleros de Pisuegra, aldea próxima. Así tenemos que la inscripción 772 es idéntica a la 773, la primera vez mal leída y la segunda no del todo bien, y sólo en una nota a la segunda se sospecha que pueda tratarse de la misma inscripción.

5.º Lo más grave de todo, con ser gravísimo el que haya un número casi infinito de erratas (hay 17 páginas a dos columnas en letra pequeña de las reconocidas), y el que haya tantas repeticiones, lo peor en mi opinión es la anarquía con que se clasifican las inscripciones. Está bien poner aparte las votivas, separar las funerarias, las honoríficas, los miliarios. Pero ordenarlas por formularios, incluso a veces de un modo discutible, ya que un mismo epígrafe debería estar en tres o cuatro apartados diferentes, es absurdo. P. ej. con el n. 5432 p. 498 aparece la inscripción que dice así: D. M./TVRENNO/BODDEGVN/BODDI F VAD AN/XXX POSIT/ DOIBERVV PA/TRI SVO PIEN/TISSVMO/S H S. La incluye en el epígrafe «Relaciones familiares y sociales», entre los que indican «patria», porque es un Vadiniense. Pero podría haberla incluido entre las dedicadas *patri*, o entre las que indican el gentilicio, porque dice *Boddegum* (que lo lee mal *Boddegum*), con el mismo criterio. En la misma página se recogen varias más de Vadinienses pero otras van en la p. 343 porque dicen *monumentum*. ¿No hubiera sido más simple ordenarlas con un criterio geográfico y así sabríamos de una sencilla ojeada cuáles eran las características de estas gentes entre cuyas instituciones perviven las gentilidades, el avunculado y la amistad más allá de la muerte?

Es poco frecuente que varias inscripciones de la misma provincia o zona se encuentren seguidas. Lo normal, con este criterio de formularios, es que se mezclen las provincias en el más perfecto desorden, con lo que es imposible saber si en una zona dominan los restos onomásticos indígenas o latinos, si hay muchos esclavos o libertos, si son frecuentes tales o cuales rasgos, tales o cuales características. P. ej. p. 308: 3808a a 3812a: Iglesia del Cid (Fernel), Cádiz, Lisboa, Barcelona, Soto de Cangas de Onís (Asturias), Cádiz; p. 371: 3843 a 3846: Palencia, Troya (Jaén), Tarragona, Cádiz; p. 355: 3632 a 3635: Sepúlveda (Segovia), Oliva (Valencia), Mentesa (Jaén), Logroño; p. 415: 4308 a 4403: Barcelona, Santiago de Compostela, Mérida, Tarragona, Toledo.

Si al menos dentro de cada «clasificación» las ordenara de algún modo, por provincias, o siquiera por orden alfabético del nombre inicial o por algo, aún se aminoraría algo el mal. Pero así es agotador utilizar el libro.

6.º Por otro lado los índices también tienen muchas erratas, unas veces en los nombres, otras en la parte geográfica y no son claros ni completos. Hay que conocer previamente el epígrafe que se quiere buscar, para poder encontrarlo de algún modo, primero en el índice y luego en el texto.

7.º Por último, si tuviera un buen repertorio fotográfico se paliarían algunos de los defectos citados, pero de las 6800 inscripciones, sólo ofrece 53 fotografías —54 con la portada—, muchas de ellas de la región levantino-catalana, con lo que ni siquiera sirve como muestra de los tipos de decoración de cada zona de la Península.

En resumen, un libro bien intencionado, que pudo haber sido remedio a muchos males, pero que ha venido en realidad a complicar más la triste situación de la epigrafía peninsular.

M. L. ALBERTOS.

LEVY, HARRY L.—*Claudian's in Rufinum: An Exegetical Commentary* (With an appendix containing the author's 1935 edition of the text with Introduction and Textual Commentary), *Philological Monographs of the American Philological Association*, 30, Princeton, J. A. Hanson, 1971. 332 pp.

En 1935 publicó J. H. Levy una edición crítica del texto del *In Rufinum* de Claudiano. Contenía además del texto una introducción, en la que se exponía el trasfondo histórico del poema —con la vida de Rufino y sus relaciones con otros personajes (Simaco, Flaviano, Valentiniano II)—, un resumen de la vida y obra del poeta y un estudio de la tradición textual. Ahora aparece el comentario correspondiente, que felizmente incluye en un apéndice de 96 páginas (225-320) la publicación anterior.

El ataque contra Flavio Rufino, el omnipotente Prefecto del Pretorio de Oriente bajo Teodosio y Arcadio (392-395), constituye una de las obras de mayor aliento de Claudiano y su primer logro de importancia como poeta cantor de Estilicón. El *In Rufinum* posee claridad de composición, ejecución vigorosa, elaboración sobria y pocas digresiones, en contraste con las fastidiosas repeticiones de los Panegíricos. Por su condición de invectiva podría parangonarse con el *In Eutropium*, pero las cualidades de ambos poemas, como notó A. H. Weston (*Latin Satirical Writing Subsequent to Juvenal*, Lancaster, Pennsylvania, 1915, p. 117), son diversas: la obra contra Rufino resulta de mayor elevación por el aprovechamiento de elementos épicos y por el estilo, y nunca desciende a lo ridículo o cómico.

Por la calidad del poema y por el significado de Claudiano, considerado como el último gran poeta de la literatura latina pagana, es de agradecer que H. L. Levy haya publicado como complemento de la edición, el comentario de la obra palabra por palabra; tanto más cuanto que el último comentario exegetico del texto en cuestión (G. L. Koenig, *Cl. Claudiani quae exstant*, Göttingen, 1808) se remontaba a los comienzos del siglo pasado.

El método empleado es el tradicional en esta clase de comentarios: el autor va considerando cada palabra, cada frase o conjunto de frases, examinando los

problemas que en ellos se presentan y aportando reflexiones, soluciones, material y todo lo que de alguna manera puede servir al esclarecimiento inmediato del texto y a la comprensión de la obra en su conjunto. En tal modo el comentario de Levy es filológico en sentido total: no se limita a los aspectos formales (gramaticales o lingüísticos, retóricos, poéticos, métricos, etc.), sino que abarca también los reales. Entre éstos la mitología ocupa un puesto relevante —cosa natural tratándose de Claudiano, que, como dice P. Fargues (*Claudien: Etudes sur sa poésie et son temps*, París, 1933, pp. 153-154), es el autor latino del s. IV que concede en su obra más amplio espacio a la mitología; pero también los datos históricos relativos a personajes, hechos públicos o privados, instituciones, vida romana, etcétera, son atendidos con el detalle que merecen. Por otra parte, la explicación del texto se completa con la indicación de fuentes y paralelos procedentes de las literaturas griega y latina.

Pero Levy no ha pretendido en sus notas sólo iluminar el texto bajo todos los aspectos, sino también ofrecer en ellas una guía bibliográfica que pone al alcance de los lectores los instrumentos necesarios para profundizar en las distintas cuestiones. Por el mismo deseo de utilidad —aparte de las referencias en las notas y de la exhaustiva bibliografía presentada en pp. IX-XXXIII— ya desde el prólogo señala cuáles son los estudios modernos más a propósito para tal finalidad. Esto da a entender al mismo tiempo que el A. no ha tenido la pretensión de ofrecer solución a todos los problemas existentes, a pesar de los largos años de trabajo que precedieron a la publicación del comentario.

El índice final (pp. 321-332) corresponde al comentario, pero a través de las referencias de éste a la edición de 1935 y a las introducciones que la acompañan, pone igualmente a disposición del lector todo el material de éstas.

Todos los que se interesan por la historia y la literatura del s. IV encontrarán en este comentario un valioso instrumento concienzudamente elaborado y positivamente rico en datos y orientaciones.

M. MARTÍNEZ PASTOR.

JOHANNES SCOTTUS.—*Periphyseon liber II*, ed. por I. P. SHELDON-WILLIAMS con la colaboración de L. BIJLER. The Dublin Institute for advanced studies, Dublin, 1972, 252 pp.

En una cuidada edición llega ahora el volumen II del *De Divisione Naturae* de Escoto. Consta el presente volumen de una pequeña introducción donde los autores dan una justificación tanto de su edición como del contenido que el filósofo encierra en esta obra. El problema planteado por Escoto en estas páginas hace referencia a la división de la Naturaleza, dentro del esquema teológico, de ahí que la fuente venga a ser el arranque del Génesis, ya que de este libro sagrado extrae el filósofo el material pertinente. Como es bien sabido la disquisición filosófica se construye en un diálogo, a la manera platónica, entre *Nutritor* y *Alumnus*. Tal recurso da vivacidad al tiempo que cohesiona una materia excesivamente técnica, trayendo como corolario que la atención del lector se sostenga sin fatiga excesiva. El centro sobre el que se hace girar el tema es la Santísima Trinidad tanto en sí misma como en su consideración de Causa originante tanto de las llamadas causas primordiales como de los efectos. El Hijo, el Espíritu Santo, la problemática de las Hipóstasis y la manifestación de la Trinidad en la natu-

raleza humana son los capítulos más importantes de este tratado. A veces la discusión baja del escalón teológico para inquirir a nivel filosófico, tal la diferencia entre prototipo e imagen (580A-585D), aunque siempre corre bajo ella la falsilla teológica. La edición tiene un aparato crítico y una traducción que no ha escatimado las no pocas dificultades que el latín escolástico ha presentado en su historia. Para mayor abundamiento y mejor comprensión los autores han redactado varias notas, tanto al texto, como a la traducción, donde aclaran los mil y un problemas que los términos filosóficos y teológicos de la Escolástica presentan. Algunas notas son meramente léxicas y abordan la correspondencia del latín y el griego. El mérito de estas ediciones no radica tanto en el interés filológico como en la oportunidad de dar a conocer los textos escolásticos a la luz de los avances en crítica textual y en su interpretación rigurosamente científica desde los presupuestos internos de la disciplina arriba citada: oportunidad que bien aprovechada, desde la intelección propia que estos textos requieren, puede contribuir a hallar el punto común que concilie a los esencialismos de antaño con las corrientes existencialistas para una comprensión más certera de la cuestión transcendental del mundo y del hombre y de ambos con Dios.

E. OTÓN SOBRINO.

II. LINGÜÍSTICA

MANDILARAS, BASIL G.—*The Verb in the Greek Non-literary Papyri*. Athens, Hellenic Ministry of Culture and Sciences, 1973. 493 pp.

Esta obra cubre todo el espacio temporal que abarcan los papiros griegos no-literarios, desde su aparición, 311 a. C., hasta el comienzo del s. VIII. Son 2.000 los textos examinados de época ptolemaica, romana y bizantina, por lo que el trabajo es exhaustivo en lo que respecta al estudio gramatical del verbo. El autor justifica la amplitud de estos límites cronológicos con la intención de trazar la evolución del Griego, comprobando en qué medida se explican fenómenos lingüísticos como consecuencia de épocas anteriores, o sin precedente. La lengua de los papiros no-literarios es esencialmente la hablada en cada momento, sin perder de vista el grado de educación del escritor o el carácter del documento. Las dificultades que nos presenta el habla común reflejada por escrito se basan en nuestro desconocimiento de las circunstancias que rodeaban al escritor, lo que nos obliga a suponer o conjeturar lo que omitió por serle claro. En general los papiros del primer período estudiado reflejan la koiné ática; los de los períodos romano y bizantino presentan numerosas innovaciones. Sobre todo ello nos ilustran las primeras páginas de este libro. Una breve exposición (§§ 36-50) de la teoría del aspecto y tiempo del verbo, referida a la lengua no-literaria de los papiros, sirve de introducción al grueso de la obra. En los papiros no-literarios, por su carácter, propósito y autor, el aspecto depende de numerosos factores, más que en la lengua literaria. Además el uso aspectual de los tiempos es diferente en cada época. Hasta el § 525 el autor va estudiando la morfología, tiempo, aspecto, significado, usos y particularidades de todos los tiempos del verbo, con

sendos apartados sobre el aumento (§§ 231-275) y la reduplicación (§§ 416-430). A partir del § 526 se dedica al estudio de la morfología, significado, sintaxis y usos de los modos. Todo ello ilustrado con tablas estadísticas y sobre todo con una colección de ejemplos que no por exhaustiva deja de ser brillante. La obra incluye un repertorio bibliográfico suficiente: principales ediciones de papiros griegos, óstraca, colecciones especiales de textos de papiros y obras gramaticales de la lengua de los papiros y del Nuevo Testamento. Se cierra con tres índices muy completos: de referencias, de materias y nombres y de formas verbales griegas.

F. MARTÍN GONZÁLEZ.

OTHA WINGO, I.—*Latin Punctuation in the Classical age*, *Janua linguarum*, Series practica 133. La Haya, Mouton, 1972. 166 pp.

Esta tesis aplica una idea del Prof. R. P. Oliver —que la ha dirigido— al material papiráceo y epigráfico de la época a que se refiere su título (detalle en las pp. 11-12); no rehúye la contrastación con el de otras épocas; la arcaica, por cierto, más que de contraste, sirve de punto de partida.

En cambio, por el límite opuesto, el contraste es fuerte: a partir del renacimiento constantino-teodosiano, el latín, pasado generalmente a escribirse sin separación de vocablos como el griego, adopta también el tipo de puntuación empleado en la escritura griega; a ella se acomoda también la didáctica de los gramáticos de obra conservada (se estudian en el cap. II los testimonios más representativos, y se apoya con estos resultados la interpretación que de ellos había dado Thompson y que aquí repite el autor, pp. 12 y 23).

Ahora bien, las restantes partes del cuerpo principal de la obra tienden a probar —y lo logran en grado convincente— la propuesta del citado Prof. Oliver de que la época clásica, desarrollando gérmenes ya patentes en la arcaica —especialmente en los sepulcros de los Escipiones y en el *S. C. de Bacchanalibus*—, había puntuado los textos —tanto epigráficos como librarios— con procedimientos distintos de aquellos de los gramáticos helenísticos que luego adoptarían sus colegas latinos de los ss. IV en adelante. La diferencia principal es que el punto a altura intermedia no era signo de «puntuación», sino separador de palabras; en consecuencia, las funciones de separación de párrafos, frases y miembros de éstas —así como otras de distinción de elementos en contextos con riesgo de ambigüedad— estaban encomendadas a otros signos, cuyas figuras —aparte del antiquísimo signo cero o espacio en blanco— estudia Wingo detalladamente, especialmente en las *Res gestae divi Augusti*, y cuyas funciones —específicas a veces; a veces, más bien comunes, o, al menos, poco diferenciadas— expone a lo largo del examen de cada material que nos presenta y en distintas recapitulaciones parciales (pp. 48-50, sobre las *Res gestae*; p. 82, sobre los textos legales; p. 87, sobre los *collegia*; p. 90, *laudatio Mivrdiae*) y globales (p. 93).

Con ello el autor logra cumplidamente su deseo de que la obra resulte ser el capítulo de una historia de los manuscritos, referido a la puntuación, que la gran autoridad de Lowe decía que estaba sin escribir. Y en una gran parte, se atiene a ese deseo estrictamente: no sería justo pedirle —cosa que no ha pretendido hacer— una teorización acerca del alcance lingüístico de las funciones que detecta para cada uno de los signos (lo que tal vez se esperaría al ver su obra pu-

blicada en la serie de que forma parte): en general, no se plantea ni siquiera la cuestión de si estas funciones son meramente secundarias —reflejo de pausas o inflexiones de la propia lengua hablada— o constituyen signos propios de la escrita, para distinciones que en latín oral no se podrían expresar, o si las hay de una y otra clase.

Esto no significa, de todas maneras, que Wingo se haya ceñido a un catálogo de hechos y de funciones. Ya se ha aludido a las contrastaciones: aparte las repartidas a lo largo de distintos capítulos, establecidas frente a textos de épocas lindantes, ha comparado también —en sendos apéndices— por un lado, su material, con los restantes papiros de época clásica, en que no se detectan signos de puntuación; por otro, el empleo de éstos para distinción de detalles de versificación en *carmina* epigráficos. Pero, ha sacado conclusiones y aventurado hipótesis. Naturalmente, es en unas y otros donde corre más riesgo de verse objetado. Así, p. ej., en las pp. 20-21, al suponer que, de haberse conservado la obra de Lucilio, o las partes perdidas del tratado gramatical de Varrón, contaríamos con una doctrina de los signos estudiados y de las funciones que podían atribuírseles. O el partido que intenta sacar (p. 34) de que algunos de los actuales espacios en blanco hayan podido contener en la redacción del modelo alguno de los signos de puntuación, olvidado por el tracista o por el lapicida, tal vez repuesto sólo al minio por el miniador y desaparecido luego con toda la coloración: no puede negarse esta cadena de posibilidades o alguna de ellas, en general; pero su posible aplicación en cada caso particular parece condicionada a que efectivamente se observara en algún otro detalle, independiente de la puntuación, un tal divorcio entre las distintas manos que intervinieron en el epígrafe. O, en fin, la formulación tal vez excesivamente extendida (p. 132) de la primera de las conclusiones generales: «During the Classical Age, formally written Latin, in marked contrast with contemporary Greek, was not only separated into words by the use of interpuncts, but was, within each paragraph, divided into sentences and clauses by special signs of punctuation»: más acertada parece la conclusión 9.^a, en la que admite una variabilidad en el grado de aplicación de estos signos, grado parecido al que había reconocido para ápicos e *I longa* en su uso fonético, basado incluso en la enseñanza explícita de Quintiliano (p. 17, n. 15 y pp. 48-49): empleo no obligatorio, sino más bien discrecional según las necesidades que el escritor pudiera calcular que de unos y otros signos de distinción iba a tener el lector, de acuerdo con las posibilidades de ambigüedad del contexto.

Es lo que justamente comprueba el autor a lo largo de muchos de sus generalmente bien llevados y concienzudos análisis de los detalles de cada texto, en cuanto puede seguirlos el lector (la transcripción impresa, aunque ayudada ampliamente por diseños de los signos no reproducibles, no resulta a veces suficiente, y clama por que el volumen hubiera tenido una parte de ilustraciones gráficas: sería entonces más fácil, p. ej., asentir a las pretensiones del autor a dar como faltos de sentido empleos de signos y sobre todo de espacio en blanco —cf. p. ej. pp. 69-70 y 74—; así como porque éste se hubiera sensibilizado de una manera general con el signo convencional empleado en algunas de estas transcripciones, dado que a veces parece habérselo saltado la imprenta, o hay que buscarlo tanto más penosamente cuanto que en los textos, aun muy largos, no se ha adosado la numeración orientadora cada 3 o, al menos, cada 5 renglones) y en cuanto el autor los haya podido observar (particularmente lamentable la imposibilidad de haber trabajado *de visu* a propósito de la *Laudatio Turiae*, pp. 91-92).

Sólo como hipótesis cabría sugerir, a propósito de algunos detalles: p. 106, las *uirgulae ansatae* de los rr. 4 y 6 de CIL VI 21808, únicas en la inscripción, resultan poder tener también un papel métrico: señalan final de dístico en interior de renglón —casos únicos, en tanto que, si su papel hubiera sido sintáctico, faltarían en otros lugares—. P. 118, no es incoherente la última frase: *eoque* puede haberse empleado concertando con *natali* que sigue, referido al del César y no al del donante. P. 127 no parece que *inductum[is] Tragisa[ri]um* sea precisamente la «location» del epígrafe, ¡dedicado a «Neptuno, dios de las aguas», en cumplimiento de un voto!, sino el objeto de este voto. P. 141, no hace falta postular dos errores prosódicos en una escansión *aequālis*: basta con admitir uno métrico, de sustitución de dáctilo en 2.º hemistiquio de pentámetro (el mismo Wingo admite la incorrección de este tipo en p. 154) con la medida entonces regular *aequālis*. P. 143, el último renglón de CIL VI 6182 presenta una E y una S «meaningless»: dado que una y otra preceden, respectivamente, a ET y SVIS, cabe muy probablemente la posibilidad de que sean fruto de una mala interpretación del modelo, que habría contenido nexos ET y SV, e interpretaciones desarrolladas de los mismos, con E y S exentas (cf. faltas análogas por el mismo motivo en el epitafio de Valencia de Don Juan, *AE.Arq.* 28, 1955, pp. 239-243): admitida esta posibilidad para dichas letras, cabría tal vez con la misma suposición de falta de inteligencia de un texto modelo, razonar el empleo de los tres signos que se presentan al final del trozo métrico y en el renglón último: lo serían de inserción, quizás en el lugar oportuno (después de *fecit* en r. 4) de los aditamentos *sibi et suis posterisque eorum* al destinarse la tumba a más difuntos aparte del que fue objeto del *elogium* versificado. P. 146, el pentámetro ¿tal vez mala inteligencia de un original *illuc unde ortus quarit e fonte anima?* P. 148, la grafía IVENTA —lo propio que IVENIS para su primitivo— está suficientemente atestiguada como para no tener que suponer que un miniador la haya corregido superponiendo a la V un *sicilicus* de repetición, el motivo que ha dado lugar a tal haplografía es precisamente la bien conocida aversión a la repetición de un mismo signo vocálico.

Ninguna de estas observaciones —ni su conjunto— empaña el valor que la obra tiene en sí como capítulo de historia de la escritura y las derivaciones lingüísticas que su lectura suscita —según se aludió ya— y en cuanto a señal de alerta para la futura investigación con textos de la época estudiada. Ya la conclusión 10.ª del autor (p. 133) lo advierte respecto a la precaución con que será necesario leer el material del CIL, comúnmente recogido sin suficiente atención a los signos ahora enumerados y clasificados, especialmente si se trata de epígrafes ya no *extantes*, y sobre todo por lo que hace a los espacios en blanco. Pero también para fijarse en unos y otros los futuros investigadores de papiros y epígrafes de reciente o futura aparición resulta la obra de Wingo un aldabonazo al que no podrán hacerse el sordo y una guía —aun en grado de labor de pionero— para sus trabajos de lectura y hermenéutica, a la vez que un elemento auxiliar para asegurar la datación.

S. MARINER.

SANTORO, MARCELLA.—*Epitheta deorum in Asia graeca cultorum ex auctoribus graecis et latinis*. Testi e documenti per lo studio dell'Antichità XI,IV, Milán, 1973. XIV + 344 pp.

Esta obra nos es presentada como el vol. I de unas *Sylogae* de θεῶν ἐπικλήσεις, en las que se pretende recoger todos los testimonios literarios de los epítetos de los dioses de la Antigüedad.

Se trata en este caso de la recopilación y ordenación de todas las referencias que los autores antiguos griegos y latinos hacen a los cultos del Asia Menor, y a los de Quersoneso Taurica, incluida por la autora en esta obra en razón de la comunidad de costumbres, instituciones y cultos de la población de ambas zonas.

Muy acertadamente la autora ha incluido junto a los epítetos de los dioses mayores griegos los nombres de otros dioses menores que reciben culto en esta amplia región, esté atestiguado para ellos o no algún epíteto. Asimismo recoge los nombres de héroes y hombres ilustres cuyo culto está bien asegurado, y los de héroes, fundadores de ciudades etc. de los que no hay constancia segura que fueran adoradas, pero cuyos nombres parecían ser un recuerdo de un primitivo dios indígena.

Esta ampliación de lo prometido en el título se justifica por el hecho de que es frecuente que tales nombres de dioses menores y héroes se apliquen como epítetos a los de algunos de los grandes dioses griegos, con lo que una recopilación de todos ellos, esté o no atestiguado en los testimonios literarios en uso como epíteto, se hace utilísimo para lo que, según la propia autora, es la finalidad principal de su obra: servir de material de trabajo al estudioso de la Antigüedad, especialmente en el campo de la religión griega.

La reunión de las citas de los autores sigue un criterio selectivo. Solamente se transcribe uno de los testimonios coincidentes (aunque se referencian todos los demás), y se añaden, en tipo menor de letra, los testimonios que dan alguna información complementaria al hecho de que tal dios con tal epíteto, reciba culto en tal zona de Asia Menor. Gracias a ello se nos proporciona una información completísima de cada nombre o epíteto, aclarando en algunos casos la etimología, el origen o el significado del nombre estudiado, y asimismo los lugares exactos del culto, en qué época existió, etc.

Si la intención de la autora fue proporcionar una obra de consulta y un instrumento útil de trabajo al estudioso de la Antigüedad griega, debemos decir que ello ha sido plenamente logrado. Además del evidente interés que tiene la elección de una región como ésta, cruce de las dos tradiciones religiosas, oriental y occidental, que conforman a lo largo de los siglos la mitología griega, la aducción de los testimonios literarios es sumamente cuidadosa y, por lo que hemos podido ver, completa. Respecto a esta cuestión sólo podemos desear que alguna vez lleguemos a estar en condiciones de añadir a éste el abundante material suministrado por las inscripciones de esta región.

Por otro lado, la estructura de la obra tiene todas las condiciones necesarias para permitir una fácil utilización como obra de consulta. Debemos elogiar a la autora por la cuidadosa elaboración de sus índices, que facilitan al estudioso su utilización, cualquiera que sea el punto de partida de su trabajo.

Tiene, en efecto, esta obra un índice de autores citados, otro de nombres de dioses, que incluye bajo el de cada uno el de sus epítetos si los tiene (el índice alfabético de ellos está excusado, ya que es ésta la ordenación misma de la obra),

con lo que los distintos nombres con los que un dios recibía culto son inmediatamente localizables. Y finalmente se añade una nueva ordenación de dioses y epítetos por lugares geográficos en que cada culto está atestiguado, indicando también el mismo índice bajo cada nombre geográfico el de las divinidades y epítetos allí atestiguados.

JULIA MENDOZA.

Studies in latin language and literature.—Yale Classical Studies 23. Cambridge University Press, 1973. 241 pp.

Volumen misceláneo, como los de la serie a que pertenece, agrupa nueve estudios de carácter filológico y literario sobre autores romanos. Sólo el primero de ellos (E. D. Francis, sobre *prae* y *pro*, adverbios, preposiciones y prefijos verbales) es más propiamente lingüístico. Intentaré resumir lo que en ellos me ha parecido más notable como conclusiones y como metodología.

El trabajo de E. D. Francis examina sobre los textos la evolución semántica de *prae* y *pro* en sus tres funciones de adverbio, preposición y prefijo. En esta evolución se observa una permanente interacción de los tres tipos de usos de cada una de las formas, que se vierte en una constante reorganización sistemática del léxico, la sintaxis y la semántica de ambas. Así, por ejemplo, *prae* originariamente tiene una distribución complementaria espacio-temporal. Al irse retirando como preposición, va siendo suplida en el orden espacial por *pro* y en el temporal por *ante*. Como prefijo verbal *prae* mantiene una mayor productividad en la formación de antónimos temporales (*prae-*, *post-fero*, *pono*, etc.) sin que *pro* penetre en este terreno, ni tampoco se dupliquen las formas *prae-*, *ante-* con un mismo tema y la misma significación. Este trabajo representa un progreso, más que una rectificación sobre el famoso artículo programático de Benveniste.

El más extenso de los estudios de carácter literario es el de H. D. Jocelyn sobre las citas de la poesía griega en la obra de Cicerón (pp. 61-111). Estas son mucho más frecuentes en los escritos filosóficos, que en los retóricos y que en cartas y discursos. El a. demuestra que muy frecuentemente esas citas de poetas griegos—independientemente de que Cicerón también los hubiera leído personalmente—proviene de sus fuentes, griegas y contemporáneas del escritor. Lo cual arroja una renovadora luz sobre el método empleado por Cicerón en la composición de estos escritos.

En los estudios de composición literaria, los colaboradores de este volumen convergen en sus análisis, en el sentido de que encuentran en algunas obras literarias una más rigurosa estructura de lo que suele habitualmente repetirse. Así, el análisis de la elegía 3 del libro I de Tibulo de C. Campbell, y la interpretación de Horacio Carm. III, 1 (*Odi profanum*) de Edmund T. Silk. Esta última abrirá una nueva discusión sobre la idea central que preside el poema: para Silk no es el poder igualador de la muerte, sino la *necessitas* como Hado o Fortuna. No hay duda de que esta tesis resulta sugestiva. Basta releer el poema a su luz para que aparezca, como dice Silk, más unitario y sencillo. Para Ross S. Kilpatrick, las sátiras 4 y 7 de Juvenal son obras coherentes y cuidadosamente construidas.

Sobre Tácito versan dos estudios: el de la estructura de los prólogos de A. D. Leeman, experto tanto en la historiografía romana, como en el análisis de la

prosa latina. A los «elementos tradicionales» que según Quintiliano, deben encontrarse en ellos (cf. *Inst. Or.* 10, 1) se une como aportación básica y personal la antítesis entre el pasado y el presente, la época republicana y la del propio Tácito. El comentario de los prólogos de la *Historia*, de los *Anales*, y de la *Vida de Agrícola*, en que se destaca el carácter más rico y enigmático de este último constituye el eje del desarrollo del trabajo de Leeman. D. O. Ross ofrece seguidamente un análisis de la personalidad y carácter de Germánico, tal como lo presenta y lo vio Tácito, que contrasta con la extendida idea de que para el historiador, el malogrado padre de Calígula era una figura ideal del héroe. Tácito, según Ross, era más realista. La *libertas* era un imposible político y Germánico, una especie de príncipe populista en la medida de que para la opinión encarnaba ese ideal, entrañaba también el riesgo de la *licentia*.

El artículo de D. P. S. Thompson sobre la tradición manuscrita de Catulo, más que una revisión del complejo tema, es una invitación a una nueva investigación sistemática, al poner de relieve un buen número de interrogantes que aparecen donde se creía tener ya respuestas seguras.

Por último, he de destacar el buen sentido crítico y la competencia demostrada una vez más por R. M. Ogilvie en relación con textos de la primera década de Livio. Aquí, sobre la cómoda base documental que ofrece la gigantesca «Concordancia» de Packard y los propios estudios suyos sobre la tradición manuscrita, el a. examina y corrige veintidós pasajes del libro 9, prosiguiendo la tarea acometida en su importante comentario a los libros 1-5.

Como tantas veces ocurre en los estudios de los anglosajones, rigor en los trabajos de este volumen no significa conformismo. Trae consigo, por el contrario, muchos, tan variados como estimulantes, signos de interrogación.

A. FONTÁN.

III. LITERATURA, HISTORIA Y FILOSOFÍA

PAVESE, C. O.—*Tradizioni e Generi Poetici della Grecia Arcaica*. Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1972, 288 pp.

Porque se trata de un nuevo intento de abordar el estudio de esa manifestación tan importante de la literatura griega todavía tan poco iluminada, a pesar de los geniales esfuerzos de Milman Parry y sus continuadores, que es la antigua poesía de composición oral, en principio la obra es motivo de nuestra complacencia. El punto de vista del estudio, sin embargo, no es el de la técnica composicional de la poesía oral sino el de sus raíces etnológicas a través del análisis de los componentes lingüísticos que intervienen en los poemas representativos.

Pavese pretende demostrar que al margen de la poesía oral de tradición jónica, representada fundamentalmente por los poemas de Homero, existió otra rama colateral más antigua que ésta, es decir, anterior a su migración, que tuvo su origen en la zona dialectal septentrional del continente, de la cual serían manifestaciones, primeramente, los poemas de Hesíodo y, luego, los lírico-corales de Alcman, Simónides, Baquílides y Píndaro. La misma tradición lingüística

se reflejaría en los poetas que Pavese clasifica aparte como citaródicos, Estesícoro e Ibico, en los monódicos, continentales —como Corinna— y no —Safó y Alceo— y hasta en los elegíacos Tirteo y Teognis. En suma, en toda la poesía surgida en zonas dialectales no jónicas y, por tanto, no sometida a la influencia directa de la poesía homérica.

La separación entre las dos tradiciones poéticas, continental y jónica, arrancaría en última instancia de la propia repartición dialectal que se supone existía en el continente griego antes de la invasión doria y la consiguiente colonización del territorio jónico del otro lado del Egeo. La tradición continental sería la creación poética del grupo dialectal septentrional, representado en su forma más antigua por el tesalio y el beocio, mientras que la lengua de la tradición poética jónica sería fundamentalmente la del grupo dialectal meridional del continente, representado por los dialectos micénico y arcadio, a la cual se añadiría en una fase posterior el ingrediente jónico. La teoría es la famosa de E. Risch expuesta en «Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht», *Mus. Helv.* 12, 1955.

Por otra parte, la escisión en dos ramas, una que emigró a Jonia con la colonización, otra que se quedó en el continente, de la antigua tradición de poesía oral de estirpe aquea, ha sido defendida ya, aunque con argumentos extraídos de las condiciones culturales, por J. A. Notopoulos en «Homer, Hesiod and the Achaean Heritage of Oral Poetry», *Hesperia* 29, 1960, pp. 177-197.

De las cuatro partes de que consta el libro las dos primeras habían sido publicadas ya como artículos sueltos con los títulos, respectivamente, de «La lingua esiodea come lingua della tradizione poetica settentrionale», editado por L. E. Rossi en un *Omaggio a Fraenkel* de 1968, y el más conocido «La lingua della poesia corale come lingua d'una tradizione poetica settentrionale», *Glotta* 45, 1967, pp. 164-185.

En la Primera Parte, «Lingua epica continentale», son analizados los rasgos lingüísticos por los que difiere la lengua de la tradición poética continental tal como aparece reflejada en los poemas hesiódicos de la lengua homérica o de tradición meridional. Según Pavese, de los tres componentes dialectales que intervienen en la lengua homérica, micenismos, colismos y, según él en menor grado jonismos, la presencia de los segundos sólo puede explicarse como prueba de la influencia que sobre la lengua de la tradición poética meridional ha ejercido la rama colateral septentrional; y, a su vez, los micenismos, o elementos meridionales, que aparecen en ésta se pueden explicar como isoglosas. Pero, además, la lengua de la tradición poética septentrional muestra unas cuantas peculiaridades morfológicas, no compartidas por la lengua homérica, que representan la contribución particular del complejo dialectal septentrional. Algunos de esos elementos son los que desde Ahrens y Rzach habían sido calificados de «lorismos epicóricos».

Pero, al fin, Pavese tiene que enfrentarse con el hecho incontrovertible de la presencia en los poemas hesiódicos de un buen número de rasgos jónicos que solamente se pueden explicar por influencia de la poesía homérica; rasgos que, paradójicamente, son mucho más frecuentes en los poemas del continental Hesiodo que en los del jonio Homero. E intenta resolver la contradicción mediante una complicada teoría de la transmisión de los poemas hesiódicos para la cual echa mano, en parte, de la famosa tesis propuesta por A. B. Lord en «Homer's Originality: oral dictated Texts», *TAPA* 84, 1954, pp. 124-134, la cual, aun cuando fuera factible, cosa que parece muy improbable dado el precarísimo des-

atollido de la escritura en esta época, implica, por otra parte, una postura de desconfianza frente a las posibilidades de la técnica reproductiva del rapsodo.

En la Segunda Parte, «Lingua della lirica corale come lingua poetica continentale», se intenta demostrar -- pienso que esta vez con bastante éxito-- cómo del triple ingrediente dialectal, por orden de importancia dórico, homérico y lesbico, que, según el consenso casi unánime de la crítica, constituirían el conglomerado de la lengua de la lírica coral conocido con el nombre de «dórico literario», aquellos elementos generalmente calificados de dóricos son en realidad rasgos lingüísticos comunes a diversos dialectos de la zona continental septentrional. Y, al contrario, de los dorismos genuinos unos, los más característicos, están ausentes de la lírica coral, otros intervienen en ella de manera inorgánica. La conclusión es que, por cuanto los elementos orgánicos que la lengua de la lírica coral posee en común con el grupo dialectal occidental son, precisamente, aquellos que este grupo comparte con el septentrional y de ellos la mayor parte están presentes en la tradición aédica continental, en realidad la lengua de la épica continental y la de la lírica coral son la misma cosa.

Sin embargo, la presencia en la lengua hesiódica, primero, y en la de la lírica coral, después, de una serie de rasgos lingüísticos de probable origen continental septentrional, es decir, no jónico, no basta por sí sola para de ahí poder deducir, sin más, la correspondiente existencia de una dicción formular independiente de la homérica. Ello constituye el objeto de la Parte Tercera del libro, en la cual la hipótesis de la existencia de una dicción formular continental es abordada en dos fases sucesivas. En la primera se establece una lista de todas las expresiones que no aparecen en Homero, ordenadas según los principales espacios interesurales del verso, que se repiten en: 1/el Corpus hesiódico, 2/Corpus hesiódico, fragmentos de la épica arcaica y algunos Himnos Homéricos que Pavese supone de origen continental, 3/Corpus hesiódico y elegía arcaica, 4/Corpus hesiódico, fragmentos de la épica arcaica e Himnos Homéricos, y elegía arcaica, 5/expresiones hesiódicas que se reflejan en la lírica. Los resultados son: 235 expresiones repetidas del primer grupo, 85 del segundo, 36 del tercero, 5 del cuarto y 63 del quinto. Con lo cual se ha demostrado la existencia de un considerable bagaje de fórmulas independientes de las homéricas que son compartidas por toda una gama de manifestaciones poéticas. Queda ahora por resolver la cuestión de la tradición de esas fórmulas. Y aquí vuelve a imponerse el testimonio lingüístico: si en las fórmulas independientes de Homero concurren los rasgos lingüísticos definidos como septentrionales entonces puede concluirse que la tradición de ese formulario es también septentrional. Pues bien, cuatro de los rasgos lingüísticos septentrionales se dan en expresiones repetidas y otros ocho, por lo menos, aunque no en expresiones repetidas sí aparecen en frases que tienen aspecto de ser formulares.

La relación de la Parte Cuarta, «Generi Poetici della Grecia Arcaica», con las tres anteriores es más bien laxa. Es cierto que los poemas, fragmentos de poemas y meros títulos que nos han llegado de la antigua poesía ἐν ἑρεσι son agrupados por géneros siguiendo también la tradición regional a la cual se adscriben, a saber, Peloponeso y Grecia Central, islas y colonias no jónicas, Atica y Jonia e islas jónicas. Pero de lo que se trata aquí es de establecer una clasificación de los géneros de la poesía arcaica determinada fundamentalmente por las diferencias de metro —más dactílico o menos dactílico— y forma lingüística —más «épica» o menos «épica»— y también sugerida por la comparación con tradiciones orales vivas y por el testimonio de las fuentes antiguas, a cuyo mensaje, muchas veces

obviamente espúreo, se le concede aquí plena verosimilitud. Según ello, los géneros de la poesía griega arcaica se diferencian, en base al modo de ejecución y, en parte, en base al contenido, en Rapsodia, Citarodia y Lírica.

Libro ambicioso y polémico éste. Lástima que al pretender innovar en el estudio de una zona de la literatura griega especialmente resbalosa por las dificultades que se derivan fundamentalmente de la escasez de datos opte por decidirse por la vía de una más bien olímpica simplificación. De acuerdo que el postular la existencia de una tradición de poesía oral continental independiente de la homérica que los poemas de Hesíodo están delatando constituye un acierto indiscutible; pero lo que no se puede hacer es pretender reducir pura y simplemente a la fase de la transmisión la profunda influencia sobre esta tradición de la tradición jónica, la cual debió de alcanzar un desarrollo mucho más amplio a juzgar por las muestras que de ella nos han quedado. Y en cuanto a los géneros de la poesía arcaica, para ninguno de los tres interviene como criterio clasificador la propia forma de expresión sintáctica, que sería el único que podría evitar la confusión que reina aquí en la asignación de los poemas a cada una de las hipotéticas especies.

Se cierra el libro con unos Índices —analítico, analítico del elenco de expresiones repetidas, de pasajes citados de autores antiguos (no completo) y de autores modernos— y dos Tablas, una de elementos dialectales en correspondencia con las tradiciones poéticas que los utilizan y otra, casi fantástica, con los nombres de los rapsodos que transmiten las fuentes antiguas, seguido del lugar a que pertenecen, fecha y títulos que se les atribuyen.

J. A. FERNÁNDEZ DELGADO.

FLASHAR, HELMUT.—*Formen utopischen Denkens bei den Griechen*. Innsbrucker Beiträge zur Kulturwissenschaft, Innsbruck 1974. 18 pp.

Parte el autor de esta conferencia de la palabra *Utopía*, creada por Tomás Moro en 1516 en el título de una famosa obra, la primera de un género literario renacentista, precisamente el de las utopías, cuya acción no se ha interrumpido hasta hoy. Flashar recuerda *La Ciudad del Sol* de Campanella, y *La Nueva Atlántida* de Bacon. Siendo obras renacentistas aparecen en relación con el mundo antiguo, como renovadoras de la Ética y Política de la Antigüedad. La misma palabra *utopía* es griega, aunque no se dio entre los griegos, entre los cuales habría parecido un sin-sentido. No se dio la palabra, pero sí lo que con ella se significaría siglos más tarde. Basta pensar en Platón. El autor avisa sin embargo de que en las utopías griegas primitivas no había programa revolucionario, y no constituían por tanto una invitación a la acción inmediata.

En los siglos XVIII y XIX el número y la condición de las utopías —obras literarias— se multiplica de tal manera, que el adjetivo *utópico* empieza a recibir sentidos triviales, empieza a significar lo fabuloso y lo quimérico, y con este carácter pasa a algunos diccionarios. El autor refuerza su argumentación con una referencia a Marx y Engels, quienes al socialismo anterior al suyo, al socialismo no científico, llamaron *utópico*. Creo que en este punto Flashar exagera la desvaloración del socialismo utópico frente al científico, en Marx y Engels: verdadera desde el punto de vista de la teoría económica o incluso de la concepción

filosófica, hay en ambos autores una aguda percepción de la necesidad histórica del socialismo utópico que le convierte en una etapa imprescindible del pensamiento humano.

Pero de nuevo en el siglo XX la palabra *utopía* y sus derivados adquieren valor en obras filosóficas y de meditación, como las de Martín Buber: *Pfade in Utopia*, 1950, R. Dahrendorf: *Pfade aus Utopia*, 1967, G. Picht: *Mut zur Utopie*, 1969, etc., y en numerosas obras literarias —Orwell, Wells, Huxley. Esta literatura de anticipación, como ha sido llamada, se diferencia de la clásica en los límites concretos, temporales, de su proyección y en la concepción general pesimista, y por ello, contrarrevolucionaria, que confiere a sus títulos valor ejemplar de contrautopías. Por ejemplo Huxley en *La Isla*, 1962, utiliza el motivo clásico —Utopía en Moro era una isla— con referencia concreta a los valores renacentistas y de Platón, etc., pero, dice el autor, como si se tratase de una palinodia. (Es curioso que el autor no mencione una obra alemana, *Wir Sind Utopia*, de Stefan Andres, 1951, que en el escenario de la guerra civil española plantea el problema moral del individuo y su posible liberación en un mundo incapaz de ser transmutado en utopía.)

Todas estas razones plantean de nuevo la meditación sobre el tema utópico, y su relación con el mundo griego, que el autor va a hacer partiendo de los libros de Ernst Bloch, *Geist der Utopie*, 1918, y *Das Prinzip Hoffnung*, publicado en 1938-47, a los que discute apasionadamente. (Aun siendo esto muy cierto, convendría recordar que no hay que llegar al siglo XX para encontrar la contrautopía, la parodia de los temas del Quinientos. Piénsese en la Insula Barataria del *Quijote*, utopía y antiutopía a la vez. Pero el autor pasa por alto el s. XVII, y no menciona ninguna de sus grandes utopías, la *Oceana* de Harrington o la *Macaria*.)

En la literatura griega encontramos la utopía, siempre sin la palabra, en Aristófanes, Platón y en el mundo helenístico. Flashar discute el contenido utópico de Aristófanes en varias comedias, pero especialmente en las *Ecclesiazusae* rechazando el anacronismo de hacer del comediógrafo un socialista o antisocialista a la moderna, ligándolo a las corrientes de su tiempo, como la Sofística, pero reconociendo que cualquiera que fuesen sus intenciones dio en su *Lisistrata* un símbolo al eterno movimiento de liberación de la mujer.

Hoy se admite generalmente que el Estado platónico presenta realmente una utopía, y también que algunos de sus elementos resuenan en Campanella y en otros típicos escritores utopistas. Flashar discurre acerca de las concepciones socio-políticas de Platón, esforzándose en demostrar el carácter singular de su *Politeia*. Frente a las acriminaciones contemporáneas, Flashar insiste en que cualquier comparación del Estado platónico con el totalitario moderno, tanto fascista como comunista, desconoce la naturaleza utópica de la construcción estatal platónica, es decir, algo que no es la realidad y que nunca deberá llegar a ser la realidad. Parecida argumentación se aplica a los conceptos de «Estado reaccionario», «utopías de la clase dominante», etc. Lástima que el autor no desarrolle más estos puntos extraordinariamente importantes.

Acaso también por falta de tiempo apenas hace más que mencionar las utopías helenísticas, a pesar de su carácter marcadamente sugestivo, y de que el autor reconoce los lazos que las unen con el mundo moderno: la Meropis de Teopompo, la Inscripción Sagrada de Evemero y la Isla del Sol de Yámbulo.

La conclusión es que el tema de la utopía vuelve a traer continuamente el mundo griego hasta el corazón de nuestras preocupaciones actuales. Buena con-

clusión, que hace de Aristófanes —y del voraz Platón— no una piececita de Museo, como querían muchos, sino casi un problema político.

A. GIL NOVALES.

GRIMALDI, W.—*Studies in the Philosophy of Aristotle's Rhetoric*. Wiesbaden. Franz Steiner Verlag, 1972, 151 pp.

Se trata de un estudio denso y ordenado de la *Retórica* de Aristóteles cuyas características más notables son: en primer lugar, el limitar sus análisis a los problemas medulares que plantean el texto y el contenido de la obra aristotélica sin derivar en ningún momento hacia cuestiones marginales respecto del objetivo perseguido; en segundo lugar, este análisis se pone al servicio de una visión sintética en la cual se justifica e integra. Ambas características prestan al libro una gran solidez tanto en su estructura como en su forma de argumentación. Y ponen de manifiesto, como es obvio, que se trata de un trabajo de *tesis* y no de una mera glosa o comentario. La tesis sostenida por el autor es la de la unidad y organicidad de la *Retórica* de Aristóteles frente a otras interpretaciones que han negado la unidad o, cuando menos, la coherencia de este tratado aristotélico.

El libro se abre con una Introducción (pp. 1-18) en que el autor procura situar la *Retórica* dentro de las ideas y escritos en torno al tema, anteriores y contemporáneos de Aristóteles, especialmente los Sofistas, Platón e Isócrates. Frente a la tradicional y tópica interpretación peyorativa de los Sofistas y de su forma de entender el *logos* y la retórica, el autor realiza una defensa de éstos, defensa que, si bien va siendo cada vez menos necesaria, no deja de ser en cierta medida oportuna. Tras la Introducción, el estudio se desarrolla en cuatro capítulos. En el primero (*The unity of the Rhetoric*, pp. 18-52) se analiza el contenido de la obra desde el punto de vista de su desarrollo y coherencia interna. En los tres restantes (*The centrality of the enthymeme*, pp. 53-82); *The enthymeme as the method of rhetorical argumentation*, pp. 83-103 y *The sources of rhetorical argumentation by enthymeme*, pp. 104-135) se analizan las características, la estructura lógica y los elementos que integran el entimema como método de argumentación retórica por excelencia. Por último, la Conclusión (pp. 136-151) recoge y reitera las conclusiones a que conducen, a juicio de autor, los análisis realizados en el cuerpo de la investigación.

Ya una simple inspección de la disposición externa del contenido de la obra pone inequívocamente de manifiesto que el tema fundamental con que el autor se la entiende es el del entimema, pieza central y vertebradora de toda la *Retórica* de Aristóteles, a su juicio. Según él, la negación de la unidad y organicidad de la *Retórica* procede precisamente de una defectuosa comprensión del entimema como forma de argumentación. Aun a sabiendas de que todo resumen constituye una simplificación y que la simplificación será en este caso excesiva, la tesis central mantenida en esta obra puede resumirse así: la negación del carácter unitario de la *Retórica* aristotélica suele apoyarse en una interpretación de la misma que sitúa al entimema en pie de igualdad con el *ethos* y el *pathos*; aquél y éstos constituirían los tres elementos de una clasificación timembre de las formas posibles de argumentación retórica (las tres *plsteis* de que habla Aristóteles); habría, por tanto, dos formas de persuasión *heterogéneas*, racional la una (entimema) e irracional la otra, basada en el *ethos* y en el *pathos*. Frente a esta interpretación,

el autor se niega a considerar al entimema como un miembro más de tal clasificación trimembre. Tras un análisis de los distintos significados de la palabra *pístis* en la *Retórica*, concluye que las *písteis* a que Aristóteles alude —elementos o fuentes de la argumentación retórica— son *pragma* (explicación racional del asunto en cuestión), *ethos* y *pathos*. El entimema sería, en tal caso, el instrumento lógico, metodológico en que esas tres fuentes se articulan e integran.

TOMÁS CALVO.

FRITZ, KURT VON.—*Grundprobleme der Geschichte der antiken Wissenschaft*. Berlin Nueva York, W. de Gruyter, 1971, XXXIII + 759 pp.

Es este un libro admirable por la amplitud de su contenido, por la profundidad y claridad de su enfoque, y por la actualidad de su lenguaje. Comprende un amplio trabajo sistemático y bien organizado, con el título de «Der Ursprung des Wissenschaft bei der Griechen» (pp. 1-334), que aparece publicado aquí por primera vez (aunque su programa original fuera concebido 10 años antes), formando el núcleo de la presente obra, y a continuación nueve estudios monográficos, algunos de ellos muy amplios (p. e. «Die $\Delta\Gamma\chi\alpha\iota$ in den Griechischen Mathematik», pp. 335-429) que ya habían sido publicados en diversos lugares. Estos trabajos, más en detalle y con mayor detención en puntos particulares, completan la perspectiva general esbozada en la primera parte, aun a riesgo de algunas, breves, repeticiones. Realmente las dos partes se complementan bien. La exposición general no cede en precisión a los análisis más detallados, y el claro estilo de exposición se mantiene en todo el extenso volumen.

La densidad intelectual de la obra esta preludiada en el prólogo, donde K. von Fritz parte de unas consideraciones sobre la paradójica situación de la filología clásica en la actualidad para abocar a la necesidad de un humanismo atento a la experiencia espiritual del mundo antiguo en una época como la actual, más ajena a él que ninguna otra. En estas páginas, escritas en noviembre de 1970, hay unas agudas notas críticas sobre la visión de H. Marcuse reconocido como sagaz analista de la crisis de valores de la sociedad de consumo, y, al mismo tiempo, profeta de un nihilismo deshumanizador (en parangón con los análisis políticos de Aristóteles). También se cita a K. Lorenz, en conexión con la analogía biológica, que también utiliza como punto de partida, el *Istagirita*. Basten estas notas para indicar las alusiones a la actualidad más viva, a la que K. von Fritz sabe enfrentar la lúcida lección de los pensadores antiguos, que si en muchos puntos no llegaron tan allá como los modernos nos pueden ofrecer una perspectiva de conjunto muchas veces más clara y sencilla. (p. XXX-XXXI). Aparte de esto hay múltiples sugerencias dignas de meditación, como, p. e. cuando dice que el utópico paraíso futuro de L. Marcuse se parece a la visión de Nietzsche sobre los «últimos hombres», que toman el sol idílicamente y reciben cuidados para sentir sólo el mínimo dolor, como viejos enfermos desilusionados (p. XXV).

Otro de los puntos importantes señalados aquí (p. XXX) es el de que la Antigüedad no trazó una división tajante entre las Ciencias de la Naturaleza y las Ciencias Humanas, y que por el contrario, procuró superar tal escisión, que en nuestra época ha disociado a los científicos de los estudiosos del pensamiento literario y de la filosofía e historia, creando una incomunicación que sólo parcial-

mente pueden los más inteligentes superar, y que sólo algunos estudiosos planeados con el profundo saber del que ahora comentamos, pueden colmar con seguridad.

El estudio de K. von Fritz es coherente con este postulado. Su concepción de la ciencia antigua abarca el amplio espectro de su múltiple manifestación, desde las especulaciones cosmológicas y matemáticas hasta las de «la ética antropológica» de Aristóteles, que concluye esa primera parte, es decir, el conjunto sistemático de esta obra.

Es imposible analizar el denso contenido de la misma. Si tuviéramos que destacar los capítulos más interesantes de esta primera parte elegiríamos el dedicado al atomismo («Der Atomismus und das Problem der wissenschaftlichen Begriffsbildung» pp. 82-132) y el dedicado a la ética aristotélica (pp. 278-318). Pero es una pura apreciación personal, ya que el interés y el rigor es constante. La conclusión (pp. 313-334) tiene esa modernidad y claridad que advertíamos ya en el prólogo, y en tantos otros puntos de estos estudios.

Pensamos que es difícil encontrar entre los mejores de nuestros actuales filólogos clásicos una inteligencia tan abierta a la cultura científica universal de hoy y al mismo tiempo tan atenta al rigor filológico de la mejor tradición, y que el presente volumen es la mejor prueba de ello. Dos puntos más hay que subrayar en honor de K. von Fritz: su manejo discreto y preciso de una bibliografía selecta; y, en segundo lugar, la elegancia de su exposición, ya trate de disertaciones matemáticas o de los problemas de la síntesis histórica. Contra la cerrazón mental de minuciosos filólogos especializados, contra los académicos y retóricos profesores vacuos, y contra los injustos despreciadores del pasado por sinrazones de cronología, este libro es un excelente antidoto, una muestra del mejor humanismo.

C. GARCÍA GUAL.

WEAVER, P. R. C.—*Familia Caesaris. A social Study of the Emperor's Freedmen and Slaves*. Cambridge University Press, 1972. 330 pp.

Un estudio sobre la importancia de la clase de los esclavos y libertos es básico para comprender la estructura social del mundo romano, especialmente en los dos primeros siglos de nuestra Era, debido a su gran número.

Los esclavos urbanos inteligentes alcanzaban pronto la manumisión y sostenían una posterior alianza con su antiguo dueño. Su posición social, bastante acomodada a menudo, era más desahogada que la de los trabajadores libres.

La *Familia Caesaris*, o grupo de esclavos y libertos imperiales, tiene una relevancia especial debido a que su dueño y patrón era el mismo emperador. Es importante porque su continuidad y desarrollo pueden seguirse hasta comienzos del s. III d. J., cuando cesa la información epigráfica, fuente principal para estos estudios. Este estudio es el que pretende realizar P. R. C. Weaver en su libro.

Cada emperador heredaba de su predecesor los derechos sobre los esclavos y libertos del anterior, es decir, se mantenía una continuidad entre un reinado y otro en el personal del servicio doméstico del palacio, así como especialmente en la administración imperial. Las carreras de determinados personajes-libertos pueden seguirse a veces sin interrupción a través de uno o varios reinados. El autor da cumplidos ejemplos de ellas.

Socialmente la *Familia Caesaris* distaba de ser homogénea, dadas las diferentes circunstancias por las que se pasaba para llegar a ser propiedad del emperador, sus distintos lazos con él, etc. Entre los libertos imperiales hay marcadas diferencias de situación social que dependía en gran parte, como sucedía con los esclavos, de la rama del servicio al emperador a la que pertenecieran.

Weaver no acepta la división tradicional de *familia urbana* —esclavos atados al servicio de la casa de su dueño en la ciudad— y *familia rústica* —esclavos trabajando en los estados rurales de sus dueños— porque hay gran cantidad de variantes que no se ajustan a ninguna de las dos clases.

El autor propone una nueva división:

A) Comprende la plantilla empleada en el mantenimiento, aprovisionamiento y supervisión diaria de las residencias y propiedades de uso y provecho personal del emperador. Implica una serie de cargos distintos, como el grupo doméstico del Palacio Imperial en el Palatino, así como las villas y residencias en Tibur, Tusculum... los guardias imperiales en Roma, los *cubicularii*, de gran influencia por su contacto confidencial con el emperador, etc.

B) Los encargados de la supervisión de los ingresos producidos por propiedades imperiales o de funciones financieras y administrativas. La serie de cargos es asimismo amplísima: *pedisequi, custodes, nomenclatores y tabellarii, uicarius, dispensator...*

P. R. C. Weaver realiza un estudio completo de fuentes epigráficas y literarias, utilizando también datos arqueológicos para datar inscripciones estudiadas *in situ*, lo que raramente ha sido posible.

En la primera parte estudia la nomenclatura y cronología.

Principal fuente de información es la epigrafía. Existen 4.000 inscripciones de la *Familia Caesaris*, la mayor parte de las cuales son sepulcrales, breves, estereotipadas y sin datar. Para poder aplicar criterios objetivos, la primera tarea a realizar es datarlas, lo que entraña una serie de dificultades a veces insalvables. Para las fechadas hay dos clases muy importantes: Las que se datan por un año particular y las que se datan por un reinado específico. En total utiliza 607 inscripciones, cuya lista se da en el apéndice II.

La división de la primera parte en cuatro capítulos tiene como finalidad el estudio detallado de los *nomina* y *praenomina* con sus fechas más tempranas y más tardías de aparición, así como las irregularidades que aparecen en las inscripciones relativas a la nomenclatura intentando dar en cada caso una explicación razonada, así como las variedades surgidas en cada parte del Imperio.

La parte segunda está dedicada al ambiente familiar. Especialmente importante aparece la situación legal y social de la mujeres y de los hijos de la *Familia Caesaris*. Trata también la edad de la manumisión y el matrimonio, acontecimientos más importantes en la vida de un esclavo. La legislación de Augusto regulando la manumisión acordaba la edad de 30 años, como mínimo, para el esclavo mientras que para el manumisor era de 20 años o más. Pero en cualquier caso esta legislación sufrió variaciones por emperadores posteriores y de hecho muchos esclavos fueron manumitidos antes de los 30 años. Todos los datos aportados están sacados directamente de las inscripciones, dando en todos los casos los tantos por ciento para extraer los resultados y basándolos en cifras concretas y reales.

La tercera parte es quizá la más importante por estar estudiados en ella las distintas clases de siervos y libertos imperiales y de los oficios atestiguados para

cada uno de ellos: *uicarii uicariani*, etc., hasta explicar todos los cargos de tipo administrativo y religioso a los que podían acceder, así como la edad con la que se alcanzaban prerrogativas y cargos, etc., etc. Todo esto viene a demostrar de manera palpable que la *Familia Caesaris* era la élite de los esclavos y libertos de la sociedad imperial, aunque también es cierto que fue algo variable según las épocas y no de manera homogénea para todos sus miembros.

El libro se completa por tres apéndices. El primero de ellos es el estudio del origen y empleo de la palabra *familia* y de *Familia Caesaris*, con la cita de las fuentes antiguas donde aparece. El apéndice II contiene las inscripciones de libertos y esclavos imperiales datados o por un año determinado o por un reinado, ordenadas y agrupadas por la sucesión cronológica de los emperadores, comenzando por Augusto y terminando con Maximino-Filipo (235-40). El tercer apéndice consiste en listas de viudedad de libertos y esclavos imperiales ordenadas cronológicamente, por el status y nombre de su marido y en segundo lugar por los *nomina* de las viudas.

Este libro nos parece un estudio espléndido y prácticamente exhaustivo sobre la cuestión. La disposición empero de los datos aportados es un tanto complicada por lo que el manejo resulta a veces incómodo. El defecto, sin embargo, no resta mérito a la aportación que supone esta obra.

A. LOZANO VELILLA.

DOLÇ, MIGUEL.—*Retorno a la Roma clásica (Sobre cultura y sociedad en los albores de Europa)*. Madrid, Editorial Prensa Española, 1972. 266 pp.

El profesor Dolç ha reunido en un volumen siete estudios de literatura romana que fueron publicados por primera vez en revistas profesionales entre 1947 y 1971. Los dos primeros —sobre el *collegium poetarum* y los *nouii poetae*— corresponden por su forma y enfoque a la sociología de la literatura; otro —Séneca a través de Tácito— es propiamente una investigación heurística de la imagen del primero en las generaciones romanas siguientes; el estudio sobre las *Geórgicas* se centra en las relaciones entre política y literatura; tres, en fin, se ocupan de estética y crítica literaria en torno a Quintiliano, Marcial y Lucano, tres de los grandes escritores hispanorromanos de la época imperial. Dentro de la extensa producción filológica del a., la mayor parte de estos trabajos fueron en su día *parerga* elaborados a lo largo de sus tareas de editor y traductor al catalán y castellano: Marcial, Tácito y Virgilio (Bernat Metge); Catulo (Alma Mater). Quintiliano (Clásicos Emérita). Es decir, que los juicios y reflexiones de Dolç tienen el sólido fundamento de una prolongada y atenta familiaridad con los textos. En su conjunto el libro constituye un interesante haz de ensayos sobre escritores y problemas capitales contemplados desde una amplia perspectiva. El método de Dolç consiste generalmente en acotar una cuestión histórico-literaria o estética, situarla en su contexto y examinarla sucesiva y ordenadamente a la luz de los datos de la historia y la sociología de la cultura romana y las doctrinas poéticas o estilísticas vigentes en la época en que escribieron los autores tratados. En el caso de una literatura «sabia» como la romana de los siglos clásicos, esta técnica de investigación resulta especialmente fecunda y sugestiva.

En el primero de los estudios del libro —*collegium poetarum*— Dolç reconstruye la historia, por así decir, institucional de la poesía romana, siguiendo la actividad corporativa del *collegium* y sus probables continuaciones hasta la época

de Marcial. La historia de la poesía se ilumina así desde la cara oculta de la «subliteratura de consumo», cuya producción y autores —hábilmente rastreados a través de las polémicas y noticias indirectas— ofrecen más interés para la sociología que para la historia literaria propiamente dicha, pero al mismo tiempo se encuentran en permanente oposición dialéctica con los grandes escritores y constituyen el marco cultural y definen el ambiente en que éstos desarrollan su obra. La hipótesis de Dolç de que, de una manera u otra, el *collegium* prolongó su existencia durante varios siglos más de los que habitualmente se le atribuyen, sin dejar de ser una hipótesis, explica tantos hechos que invita convincentemente a su aceptación.

En el segundo estudio, los neotécnicos aparecen como testimonios y consecuencia de un cambio social, que afecta también a la literatura. La caracterización sociológica, cultural y estética del grupo es certera. Yo añadiría que, hasta cierto punto, las primeras obras de los grandes augusteos —las églogas de Virgilio y los epodos horacianos— tienen todavía mucho que ver con el ambiente de los *poetae novi*, y que es en ellas donde se advierte la transición a la nueva época.

En el trabajo sobre las Geórgicas el a. desmitifica los dos aspectos didáctico y político en que más se suele insistir a propósito de esta obra en la que, fundamentalmente, hay que ver como en todo Virgilio una hábil combinación de ciencia, ética y política, presididas siempre por la suprema inspiración de la gran poesía. Desmitificador también es el propósito que anima el estudio de Séneca a través de Tácito, si bien yo personalmente creo que la coherencia entre pensamiento y acción —sobre todo acción política— en Séneca es mayor de lo que se inclina a admitir Dolç.

Los trabajos sobre Quintiliano, Marcial y Lucano se desarrollan simultáneamente en dos planos bien coordinados entre sí: el de las doctrinas literarias y conceptos estéticos de que parten los autores mismos y el del análisis que de ellos hace Dolç, aplicando las técnicas estilísticas creadas por la filología científica moderna.

En resumen, el libro de Dolç agrupa lo que serían siete excelentes capítulos de una gran historia de la literatura romana. Esta y otras producciones del autor le acreditan como el latinista español más calificado para el ambicioso y necesario empeño de enriquecer nuestra bibliografía con esa historia de la literatura latina, pensada para el público de habla hispana y escrita desde la experiencia cultural y literaria de los pueblos hispanos, que no se ha hecho nunca y que necesitan tanto nuestros alumnos de filología clásica como los estudiosos de la filología hispánica.

A. FONTÁN.

COURTONNE, YVES.—*Un témoin du IV^e siècle oriental. Saint Basile et son temps d'après sa correspondance*. París, Société d'Édition «Les Belles Lettres», 1973. 560 pp. y 1 mapa.

Con este libro queda sobradamente satisfecho el deseo de sistematización expresado en nuestra recensión al tomo tercero de la correspondencia de San Basilio editada por el propio Y. Courtonne (38, 1970, p. 251). Se trata de un complemento indispensable para el estudio de las cartas del obispo de Cesarea, al tiempo que de un sólido instrumento de trabajo que puede ser utilizado independientemente con la convicción de que estaremos manejando todo el acervo

documental de aquéllas. El autor confiesa (p. 9) que lo presentado es como una segunda edición de las cartas, sólo que en traducción francesa. Si a esto añadimos que ha procedido a una agrupación por temas manteniendo el encuadramiento histórico de cada grupo dentro de una ordenación cronológica, tenemos ya la composición de lugar que ha condicionado el montaje de todo el trabajo. Con sana precaución sólo son utilizadas aquí las cartas de genuina autenticidad.

La introducción (pp. 11-44) aborda una serie de cuestiones previas muy importantes para el estudioso: destinatarios de las cartas, sus realizadores materiales —escribas, taquígrafos, calígrafos—, envío de la correspondencia y sus vicisitudes, el marco social de la actividad de Basilio —la corte, los funcionarios imperiales, las ciudades romanas del s. IV, la repartición y percepción de los impuestos—, las costumbres marcadas por el sello de la desconfianza, la calumnia y la delación.

Otros ocho amplios capítulos reagrupan la materia epistolar con los títulos y distribuciones que a continuación detallamos. I. «Le lettré et l'homme du Monde» (pp. 45-93): los años de preparación y formación de Basilio. II. «Le défenseur de la foi» (pp. 94-139): el arrianismo, los concilios, la herejía arriana en Oriente, el sabelianismo. III. «Le docteur de l'Église» (pp. 140-236): exposición y condenas del arrianismo y el sabelianismo, Marcelo de Ancira, las doctrinas heréticas sobre la encarnación, Eustacio de Sebaste, Apolinar de Laodicea. IV. «L'apôtre de l'union» (pp. 237-307): divisiones y cismas, el cisma de Antioquía, llamadas a Occidente. V. «L'évêque et le métropolitain» (pp. 308-359): el obispo de Cesarea, el metropolitano y la preocupación por todas las iglesias, el obispo frente a la indiferencia o la hostilidad, las últimas cartas de su cargo, la plegaria y las asambleas colectivas. VI. «Le défenseur des faibles» (pp. 360-423): el defensor de su ciudad, el defensor de los débiles y de los desgraciados, el abogado de los culpables, las peticiones de disminución o de exención de impuestos, las cartas administrativas. VII. «Le législateur des moines» (pp. 424-455): la preparación, el monacato antes de Basilio, los viajes de Basilio a Oriente, Basilio asceta y legislador de los monjes. VIII. «Le législateur de l'Église» (pp. 456-532): el bautismo, el matrimonio, los pecados de la carne, el robo y los préstamos con interés, el homicidio, la hechicería y la adivinación, los juramentos, los ultrajes a Cristo, los hereéticos, los cánones concernientes indistintamente a todos los pecadores, la comunión eucarística y el sacramento del Orden.

Este libro, que invita a leer los originales y hace atractiva la extraordinaria personalidad de Basilio, se cierra con una breve conclusión general y un índice analítico que ayuda a recordar la ingente suma de datos, una vez leídos. La sucinta bibliografía con que se inicia el volumen es manejada a lo largo de todo el estudio y no se lleva a los caminos en que podremos encontrar la no especificada.

A. MARTÍNEZ DíEZ.

LAURENT, V.—*Le Corpus des sceaux de l'Empire byzantin. T. V. 3: L'Église: Supplément*. Publications de l'Institut Français d'Études Byzantines. C. N. R. S. París, 1972. XX + 340 pp. + 50 planchas.

El volumen, pulcramente impreso en formato de 30 por 21 cm., que el veterano bizantinólogo francés incorpora a su serie sigilográfica, constituye, como lo

indica ya el título, un Suplemento riquísimo que completa y cierra, provisionalmente, el tomo V, consagrado al bulario eclesiástico, del referido «corpus». Este tomo V, por otra parte, es el único que se ha editado hasta ahora de toda la obra. La precisión informativa parece, pues, exigir, que recordemos cuál es la concepción de la labor de Laurent y su plan de conjunto, y las vicisitudes por que ha pasado, pues que esto mismo permitirá hacerse cargo más por entero de las características del libro que reseñamos.

El primer impulso de confeccionar y publicar una colección selectiva y sistemática de los sellos bizantinos le viene a Laurent de muy atrás —de 1935, exactamente— y lo debe a una sugerencia que le hizo, en nombre del Colegio de Francia, G. Millet. La empresa, en aquel instante, no parecía ardua en demasía. Estimó el propio Laurent que todo el material entonces conocido abarcaría unas 12.000 piezas. Consistía la tarea en clasificarlas, valiéndose de inventarios, de fotografías o de inspección personal, en determinar sus tipos y variantes, reproducir de entre ellos los mejores especímenes y, convenientemente ordenados, comentarlos. Mas ya se adivina cuánto sudor y esfuerzo aguardaba al sabio y pacientísimo sigilógrafo tras un programa, aparentemente, tan sencillo. La bibliografía —aun teniendo en cuenta monografías como las de Schlumberger, Konstantopoulos, Ebersolt— era escasa, catálogos o descripciones deficientes, lejanos los museos o de vedado acceso algunas colecciones privadas, y subidísimo el número de piezas inservibles o de dificultosa interpretación, bien por fallos originarios del troquelado o bien por subsiguientes erosiones y daños del plomo. de las bulas, a través de siglos de manipulación o de exposición a los elementos. También es indiscutible, y ello debió de mantener tenso el celo investigador de Laurent, el copioso fruto que tendría que rendir un estudio sistemático de estas piezas a cargo de tan experto conocedor del mundo bizantino como él desde el siglo VI al XII incluidos, etapa en que floreció la emisión y empleo de las molibdobulas, ellas podrían documentar innumerables puntos de historia eclesiástica y civil, de instituciones de ambos campos, del culto de los santos o de la evolución del arte, permitiendo, por ejemplo, rectificar yerros o rellenar huecos de modificaciones de diócesis y de sucesiones jerárquicas o administrativas, de prosopografía, de iconografía, de toponimia, de fórmulas litúrgicas o protocolares, etc., etc.

Mas entre tanto que Laurent iba acopiando material en los museos de Atenas y Estambul o en colecciones particulares, como la de Mr. Howland Shaw, se acrecía más y más la cuantía conocida de aquél, hasta cifrarse, hoy, en unos 50.000 ejemplares. Esto decidió al autor a adelantar partes de su trabajo, sistemáticamente elaboradas para que pueda encajar en ellas cualquier nuevo hallazgo, y fue el tomo V, destinado a la sigilografía eclesiástica, el que abrió la colección. Este tomo se repartía, hasta ahora, en dos volúmenes, conteniendo, el primero, las piezas de los jerarcas constantinopolitanos (en 806 p.; París, 1964) y, el segundo, las de la clerecía y monacato de la misma Constantinopla, y además los sellos de los arzobispados autocéfalos —Chipre y Bulgaria— y de los tres patriarcados orientales —Alejandría, Antioquía, Jerusalén— (en 560 pp. más un volumen unido de 197 planchas de ilustraciones; París, 1966).

Parecería que, con esto, quedaba ultimada la presentación del repertorio sigilográfico de la Iglesia bizantina y se disponía Laurent a redactar un volumen del bulario civil, público y privado —que ocupará, sin duda, los IV primeros tomos de la serie—, pero la apertura a los investigadores de la inmensa colección

(13.000 sellos) del *Center for Byzantine Studies* de Dumbarton Oaks, Washington, en que los ejemplares interesantes son numerosísimos, llevóle a añadir sin tardanza el presente volumen de Suplemento.

La decisión de Laurent es justificadísima y todo estudioso que haya de consultar el «corpus» la recibirá con infinito agrado. Su colección, amplísima (unos 2.000 y pico de sellos se comprenden en este solo tomo V ahora concluso), es, con todo ello, selectiva, naturalmente, pero no cumpliría bien este mismo objetivo si no se atuviese permanentemente a criterios flexibles para poder agregar, al modo como ahora se hace, nuevos ejemplares que redondean, tal como el autor pretendía, los cuadros jerárquicos de la Iglesia bizantina en sus distintas metrópolis, o que, por la mejor conservación, animan a la inserción de su imagen en el Album de láminas, o que, por sus leyendas más íntegras o más legibles, aportan complementos o rectificaciones valiosas del material ya publicado.

Por todos estos motivos, hay que felicitar de la aparición de este volumen adicional, postremo del tomo V, y desear que se pase cuanto antes a publicar los anteriores de la serie, ya proyectados. No sólo los bizantinólogos «stricto sensu», sino todo historiador o investigador que se deba ocupar en los campos de estudio que ilustra la sigilografía de Bizancio, se verán extraordinariamente ayudados por la posesión de tan útil y rico instrumento de trabajo.

Como queda dicho, el acervo sigilográfico del *Center for Byzantine Studies* de Washington es el más beneficiado, incomparablemente, en la nueva publicación; pero también la colección Kimpf, de la Biblioteca Real de Bruselas, fotografiada en su integridad, y algunas otras particulares, han contribuido a los aditamentos y precisiones que encierra este Suplemento.

La disposición del volumen corresponde, en líneas generales, a la ya adoptada en los que le anteceden: patriarcado de Constantinopla con sus metrópolis y con los arzobispados autocéfalos; clero constantinopolitano; monasterios o iglesias de la urbe patriarcal y de su territorio; iglesias autocéfalas y patriarcados orientales.

Señalamos a todos los interesados el acabamiento de la serie de índices (pp. 305-334): onomástico —personal y toponímico—, de titulaturas y cargos, de motivos iconográficos, y el glosario de voces de los textos. Los fotograbados son excelentes: de una nítida definición y contraste tanto más dignos de destacarse cuanto, como observa muy justamente Laurent, se trata de objetos que se prestan muy poco a ellas. Si, como auguramos, la obra se prosigue y concluye felizmente, quedará definitivamente salvado e incorporado a las fuentes arqueológicas y documentales de la historia de Bizancio un material —imágenes y textos— tan preciso y valioso como, infortunadamente, perecedero y disgregado. Hagamos votos porque se cumpla tal finalidad de que Historia y Filología deberán tanta gratitud a V. Laurent.

ISIDORO MILLÁN GONZÁLEZ-PARDO.

HÉLIN, MAURICE.—*La littérature latine au Moyen Age*, Collection Que sais-je? Paris, P. U. F., 1972, 128 pp.

La aparición de este libro se acoge con disposición favorable: es notoria la ausencia de Manuales manejables en este campo de la literatura latina medieval.

Ya es empeño querer encerrar en poco más de un centenar de páginas en octavo más de ocho siglos de producción literaria en toda Europa. Es lógico que un intento así convierta en muchos casos la exposición en mera relación de autores y obras. La valoración del A. se hace presente en la selección; si nunca la crítica de un libro debe hacerse por «lo que no hay en él», menos aún en este caso. Lo que sí parece inevitable es señalar el posible desajuste entre lo que se explicita y lo que se silencia: a) No se ve por qué razón en una obra dedicada a la literatura latina se habla de la *Hispanica Famina* y no de la poesía mozárabe. b) El papel de Alcuino queda minimizado - «n'est qu'un écrivain de second ordre»—; no se menciona explícitamente ninguna obra en prosa, y sí en cambio un poema de atribución más que dudosa, como es el *Conflictus Veris et Hiemis*. c) Al tratar la hagiografía de los ss. X-XI no se hace mención de los biógrafos otomanos, tan claramente relacionados con el género; tampoco de la biografía carolingia. d) A través de la exposición de Héliu nadie podría adivinar que Venancio Fortunato fue poeta: aunque así se le llama se habla sólo de sus cartas y de su «prosa rimada» (p. 14). e) En el apartado de Bibliografía se echan en falta obras importantes como son los estudios de Dronke sobre lírica, la Introducción a la versificación Latina Medieval de Dag Norberg (citada en cambio en la p. 72), y colecciones como *Analecta Hymnica*.

El capítulo I de la obra está inexplicablemente estructurado: los dos primeros apartados responden a una ordenación cronológica —primero la Alta Edad Media, que expone resumiendo la Introducción de Norberg, y en segundo lugar la renovación carolingia—; a continuación, el lector se ve sorprendido con la aparición de los escritores «de transición»: Boecio, Casiodoro, Isidoro. Sigue el A. a partir de ahí, tras afirmar que para esta época puede consultarse la obra de J. Fontaine recientemente aparecida en esta misma colección.

Algunos juicios parecen precipitados, o bien mera repetición de lugar común sin justificación suficiente. Así cuando al hablar de Gregorio Magno se afirma que «sa culture classique n'apparaît nulle part» (p. 14), cosa quizá admisible si su obra literaria se redujera a la única que Héliu cita: los Diálogos. El latín de Gregorio de Tours no prueba «hasta qué punto la crisis del latín fue más aguda en Francia que en Italia», sino que la narrativa histórica de este autor persigue fines diversos a los que presiden la obra de Gregorio Magno o de Fortunato, como está ya más que dicho y probado.

Ha pretendido el A. con este libro disipar la prevención que hoy rodea a un tema poco conocido. El objetivo divulgador está logrado: la obra tiene la suficiente ligereza y claridad como para captar la atención del lector no especializado. Lo que ya no es tan claro es la supuesta razón del desconocimiento del tema: el espíritu anticlerical de nuestros días. Como se sabe, el latín medieval, además de ser la lengua de la que Cristina Mohrmann llama *res publica clericorum*, fue durante largo tiempo y desde época carolingia lengua oficial de la Corte y lengua también de los laicos cultos.

C. CASTILLO.

IV. RESEÑAS BREVES

LEVIN, D. N.- *Apollonius' Argonautica re-examined. I The neglected first and second Books*. (Mnemosyne, Suppl. XIII). Leiden, 1971. VIII + 268 pp.

Este libro aborda los dos primeros cantos de los *Argonautica* de Apolonio, emprendiendo un comentario literario en el que se insiste mucho sobre los problemas de interpretación. La obra, dividida en catorce apartados más cuatro apéndices, presenta una gran coherencia metodológica, dentro de un estilo de paráfrasis encomiástica en el que las sugerencias son frecuentemente subjetivas. La información del autor es notable, pese a que en la bibliografía utilizada falten nombres importantes en los estudios apolonianos, por ejemplo Gerhard, Herter, Koehly, Livrea, Platt, Wifstrand, etc. En muchos puntos sus explicaciones prestarán un buen servicio a quienes lean el texto de Apolonio buscando en él un modo peculiar de entender la poesía. Particularmente interesantes son los paralelos que establece con Valerio Flaco y con Virgilio, y los comentarios a las comparaciones.

F. PIÑERO.

COLI, UGO.—*Scritti di Diritto Romano*. 2 vols. Milano, Giuffrè, 1973. XIII + 1.118 pp.

Ugo Coli presenta, dentro del cuadro de la romanística italiana, una personalidad singular, empezando por su nada corriente carrera académica, como ha puesto de relieve la cordial nota biográfica de G. I. Juzzatto con ocasión de los 75 años de Coli (en la revista napolitana *Labeo* 1968, pp. 124-127). La Facultad de Derecho de Florencia, a cuyo claustro perteneció, publica ahora una serie de sus principales artículos científicos, con lo que facilita, así como con el índice de fuentes citadas, la más amplia consulta de los mismos.

Hace un cuarto de siglo, el nombre de Coli se divulgó por la publicación de un documento epigráfico tan importante como es la *Tabula Hebana* (pp. 251-320), sobre la que recayó en los años siguientes una literatura exuberante, pero la temática de los estudios de Coli se distingue por su gran amplitud, pues abarca tanto del derecho público como el privado.

Sus primeras aportaciones se dirigieron a la crítica de la teoría «política» de la herencia que Pietro Bonfante (padre del ilustre glotólogo fundador de nuestra revista) había divulgado con gran éxito («Lo sviluppo delle varie forme di legato nel diritto romano» pp. 63-149), de donde derivan otros estudios sobre el carácter unitario de la antigua *capitis deminutio* (pp. 151-211), «Sul parallelismo del diritto pubblico e del privato nel periodo arcaico di Roma» (pp. 213-243) y también «Il testamento nella Legge delle XII Tavole» (pp. 613-676).

Son sus estudios de derecho público, sin embargo, los que quizá han tenido mayor relevancia, sobre todo el que dedicó al *Regnum* como forma contrapuesta a la *libera res publica* (pp. 321-483), y otros sobre la noción de *imperium* (pp. 719-742), sobre tribus y centurias en la antigua república romana (pp. 569-611), etcétera.

También es conocido Ugo Coli por sus estudios en el campo de la Etruscología («Saggio di lingua etrusca», de 1947), y entre sus últimos estudios ocupan un lugar importante los dedicados al derecho umbro: «Il diritto pubblico degli Umbri e le Tavole Eugubine», de 1958 (pp. 743-833), y «L'organizzazione politica dell'Umbria prerromana», de 1962 (pp. 835-860).

Estos y otros trabajos menores, como también recensiones y diversas voces del «Novissimo Digesto Italiano», componen estos dos apreciables volúmenes cuya aparición debemos celebrar con gratulantes.

A. D'ORS.

OTT, WILHELM.—*Metrische Analysen zu Statius Thebais, Buch I*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1973. XVI + 155 pp. *Metrische Analysen zu Catull Carmen 64*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1973, XVII + 96 pp.

Con la aparición de estos dos libros se nos ofrecen dos nuevas valiosas aportaciones de material para estudios métricos o estilísticos. Constituyen una completa recopilación de datos métricos y de tipología verbal en torno a las obras estudiadas, elaborados con la ayuda de computadoras.

Ambos continúan el programa iniciado con *Metrische Analysen zur Ars Poetica des Horaz*, Goppingen, 1970, obra reseñada por nosotros en esta misma revista, 39-1, 1971, pp. 36 ss. No vamos por ello a insistir aquí sobre el procedimiento empleado para codificar y presentar el material para su ulterior elaboración por las máquinas, ni tampoco sobre la gran ayuda que supone para quien quiera estudiar los textos analizados contar de antemano con un catálogo de datos como el que se ofrece en estos libros.

Para todo ello, así como para una enumeración de los aspectos estudiados en ambas obras, remitimos al lector a la reseña anteriormente citada.

J. LUQUE MORENO.